



El Árbol de las Sombras

y otros cuentos
antropológicos

Contra infantium adustione.
est adustio infantium somatur, si corpus ungue
mate conflato ex semine nasissimo michiuanth
o ture, frumento, que comburenda sunt, herba
folijs huihiztzilxochitl, radice thal ahuenett,
i, lauri frondibus, ximhecapahth frondibus,
ua eliquanda sunt, puer autem bibat medicina
ra, albidis lapillis qui ex fundo fluminis col-
nide Acamallo tetl & coltozin, frutice thal-
sunt.

Alberto Peralta de Legarreta

*Quando infans non multum movetur sug-
ere propter quendam dolorem.*



Contenido

El Árbol de las Sombras _____	2
Muertes Balbuena S.A. _____	11
El Viajero _____	16
Oda a un círculo de piedra _____	18
El problema de los jeroglíficos calcados _____	19
Arqueología del armario _____	34
La lámpara de Diógenes _____	37
La Virgen del Sol _____	40
Particularidades del mantenimiento asfáltico _____	44
El ambiente secretarial _____	50

2007 © Alberto Peralta de Legarreta

La reproducción de esta obra se permite
bajo las condiciones establecidas por *Creative Commons*



Consulta la última página para conocer esta licencia.

El Árbol de las Sombras

I

No era una llamada como cualquier otra. Elisa Montaña colgó el teléfono sintiendo que la duda la invadía. No podía imaginar lo que quería el señor Lisagaray que viera en su casa, pero había dicho que sí sólo como una atención, un gesto de cortesía para un amigo tan entrañable de su padre.

Elisa cerraba la puerta de su cubículo en la Escuela Nacional de Antropología e Historia —donde impartía un curso de arqueobotánica— cuando vio el reloj. Había pasado una semana desde la llamada de Lisagaray y sólo recordó la cita gracias a la rigurosidad con que llevaba su agenda. Sin ánimo, subió a su auto y se perdió en el tráfico de las siete de la noche.

Gonzalo Lisagaray era un hombre bastante gastado a pesar de no tener más de sesenta y cinco años. Era bibliófilo y su plática era tan erudita y arrogante que rayaba en lo aburrido. No dejaba hablar a nadie y a Elisa le repugnaba esa manía del anciano por acercarse tanto a su rostro durante las charlas, aunque sabía que con todos hacía exactamente lo mismo. Tenía un aliento pavoroso. Tal era el hombre que la recibió en la puerta de la mansión, enfundado en su traje gris Oxford de siempre.

—No sabía que los arqueólogos fueran puntuales— dijo Lisagaray con una mueca a modo de sonrisa —Me alegro que hayas venido.

—Mi padre le manda saludos— mintió cortésmente Elisa.

—¿Sabes por qué te mandé llamar?

—Admito que no tengo ni la menor idea.

—Porque te he estado observando desde hace mucho tiempo— comentó Lisagaray mientras pasaba su brazo sobre el hombro de Elisa y la guiaba por un larguísimo pasillo cuyas paredes estaban cubiertas de pinturas de diferentes corrientes artísticas mezcladas con evidente mal gusto.

—¿Usted ha estado observándome?— interrogó Elisa.

—Sí. Me interesó mucho tu decisión de ser arqueóloga y he seguido tu desempeño con mucho detenimiento. He leído tus artículos, he hablado con tus maestros y alumnos. Me alegré al saber de tu especialidad en botánica y decidí que eras la persona indicada.

—¿Indicada para qué?— dijo la joven bastante intrigada.

Habían llegado a la biblioteca. Se trataba de una sala enorme con libreros repletos que llegaban hasta el techo. Un olor seco flotaba en el ambiente, como de soledad, como de sabiduría incompartida. Sólo Lisagaray tenía acceso a esa sala, increíblemente pulcra y ordenada.

—Como bien sabes, Elisa, mi abuelo heredó gran parte de estos libros a mi padre, quien a su vez tuvo a bien heredármelos a mí. Es una larga tradición que se ha conservado por

generaciones y generaciones a través de los siglos. Cada uno de mis antepasados, y yo mismo, hemos incrementado la colección hasta llegar a lo que tienes frente a tus ojos.

"Justo es admitir —continuó el viejo— que no he leído una gran parte de ellos. De muchos no sé ni de su existencia porque soy muy celoso y he rechazado todo intento de catalogación. De hecho, tengo otros miles de libros en una bodega, tristemente hacinados en cajas selladas de madera y que me temo no verán todavía la luz mientras yo viva. Y eso es sin duda una lástima porque allí yacen ejemplares únicos que ahora me daría miedo abrir sin temor a que se desgarraran sus encuadernados o se rompiera alguna de sus preciosas páginas.

—Entonces— dijo Elisa interrumpiendo al anciano — lo que usted desea es que yo haga un inventario, una clasificación de los volúmenes de su biblioteca, y

—No. Te he dicho que soy ajeno a todo tipo de ordenamiento que no sea el que observas. Te hice venir porque estoy seguro de que será de tu interés cierto documento que hallé mientras vagaba por la bodega. Fue hace algunos años; aún tenía yo la ilusión de ver el contenido de esas cajas, y ante la falta de orden, me decidí por la más desvencijada de todas.

"Cuando estuvo abierta, extraje de ella algunos ejemplares bastante raros entre los cuales había un eucologio mexicano del siglo XVII, un par de manifiestos de la etapa independiente y otros más que no viene al caso mencionar ahora. No quiero aburrirte más de lo necesario.

—No veo a dónde quiere usted llegar— dijo Elisa ahora un poco más interesada.

—Quiero que veas lo que encontré después, en el fondo de la caja— contestó Lisagaray echando mano de un paquete escondido tras una hilera de libros y que resultó ser un envoltorio de forma cuadrangular, bastante pesado, que al caer sobre la mesa despidió una leve nube de polvo.

—Ábrelo— indicó el anciano a Elisa —pero hazlo con todo cuidado.

Las manos de la joven demostraban una excitación mal disimulada. Recorrió el paquete con la vista en busca de un nudo en sus ataduras, pero al encontrarlo tan apretado, tomó el abrecartas que Lisagaray le ofrecía con una sonrisa que indicaba cuánto estaba disfrutando ese momento. El hilo cedió, y ya sin paciencia, Elisa rasgó el papel con todo el cuidado que le fue posible.

—Ahí los tienes— dijo Lisagaray.

Elisa no parpadeaba. Tenía en sus manos una pila de papeles amarillentos, tapas de madera y pieles curtidas; unas de ellas páginas, otras forros.

—Son códices— exclamó la joven con incredulidad.

—Desde luego— replicó el anciano con voz de fastidio —y ahora te pido que corrobore si son auténticos.

No cabía ni la menor duda. La técnica de curtido de piel de venado, los colores vivísimos, la falta de elementos europeos en los trazos del *tlacuilo*, y el contenido... todos señales de un trabajo prehispánico del siglo XV o XVI que dejaba sin aliento por su buen estado de conservación.

—¿Cómo diablos obtuvo usted esto?

—Termina de verlo todo, Elisa. Aún no has visto lo que más te interesa.

Lo demás eran hojas precariamente cosidas, y la arqueóloga adivinó un papel de factura europea al palpar los folios. O bien le faltaba la primera página o el libro carecía de título, pero éste no fue necesario porque Elisa, al ver las imágenes y colores de las plantas dibujadas en él y reconocer debajo de cada una su descripción en caracteres latinos, gritó:

— ¡*Libellus de Medicinalibus Indorum Herbis!*

—¿Estás segura?

—Absolutamente— dijo Elisa pasando las páginas hasta el final —Pero está incompleto, porque el Herbolario de Badiano describe ciento ochenta y cinco plantas y recetas, y éste sólo unas treinta...

—Sin embargo— contestó el anciano —no parece mutilado. Mira bien las costuras; parecen hechas para este número justo de folios. Quizás se trate de una versión posterior, o de un apéndice al volumen que conocemos.

—Pues no lo creo— apuntó Elisa —las descripciones están en náhuatl, tal como las debió dictar Martín de la Cruz, y no en latín como la versión final de Badiano.

—Correcto. Entonces, Elisa, no hay otra alternativa. Esta es indudablemente la versión primigenia del manuscrito.

—Así parece. Badiano y de la Cruz decidieron, por alguna razón, no terminarla y volverla a empezar, porque si se fija usted en la última página, el bosquejo del vegetal carece parcialmente de color y no tiene descripción, lo que significa que el documento fue abandonado.

Lisagaray dio unos pasos con la mano acariciándose la barquilla, encendió un grueso habano —su único vicio— y dejó que el silencio reinara por unos minutos. Elisa conocía ya esa actitud del anciano, tan dado a la reflexión que desdeñaba todo a su alrededor.

—¿Por qué habrán querido o tenido que abandonarlo cuando ya iban tan avanzados?— pensó al fin Lisagaray en voz alta.

Elisa había aprovechado ese tiempo para revisar el manuscrito. Tenía especial interés en descubrir de dónde provenía y cómo había llegado a manos del amigo de su padre. No escuchó la pregunta. Estaba con la cara casi pegada a la primera página del documento, y con el dedo índice trataba de descifrar una desvanecida dedicatoria cuya rúbrica final era casi invisible.

—¿Había usted oído nombrar a Don Ignacio de Lisagaray?— preguntó Elisa al anciano con los ojos entrecerrados frente al códice.

—El *ilustre* Don Ignacio de Lisagaray— enfatizó éste no sin cierta sorpresa y señalando uno de los primeros retratos con que estaba adornada una pared de la biblioteca —pero ¿cómo es que sabes tú de él? Cierto es que mi antepasado fue un hombre notable, aunque injustamente poco reconocido como la mayoría de los hombres con conocimientos que

—Porque precisamente a él le fue dado el códice como obsequio— dijo Elisa señalando la dedicatoria —¿en qué época vivió Don Ignacio, señor Lisagaray?

—Pues verás. Nació en 1698 y llegó a la Nueva España acompañado de sus padres, Doña Catalina y Don Gutierre de Lisagaray, en 1721. Luego murió a causa de la epidemia de influenza en 1749.

—Entonces eso valida la fecha de la inscripción, 1743. Y dígame, ¿Hablabas él italiano?

—Ni lo dudes siquiera. Era un hombre versadísimo; todo un Lisagaray— contestó el viejo pavoneándose y lanzando el humo de su puro hacia la lámpara.

—Sí, claro— prosiguió la joven —¿tiene usted a la mano una lupa? No puedo ver la firma.

Gonzalo Lisagaray abrió un cajón de la mesa y sacó un pequeño lente de aumento soldado a una cadena. Al acercarla al papel, Elisa pudo leer con claridad y en voz alta el contenido de la dedicatoria:

" febbraio 16, 1743 Al mio caro amico Don Ignacio de Lisagaray, nella spera di migliori tempi
per il sapere. Afettuosamente,
Laurentius eques Boturini Benaduci "

—¡Boturini!— exclamaron ambos al unísono.

—Pero este manuscrito nunca estuvo inscrito en el inventario de la colección Boturini— aclaró Elisa — al menos no en el primero que se conoce, de su propia mano, fechado en...

—1743. Boturini debió dárselo a mi ancestro antes de que el Virrey decomisara sus bienes, y

—Entonces— interrumpió la arqueóloga —eso quiere decir que quizás se haya deshecho de muchos más, y que la fragmentación de su archivo fue muy anterior a lo que hoy sabemos. Este es un documento histórico que...

—Que no saldrá de esta biblioteca— sentenció el anciano al cerrar el manuscrito y poner su mano sobre él.

—Pero señor, piense en la importancia que el "Códice Lisagaray" tendría para la historia de México— rogó Elisa tratando de adular al anciano.

—El Códice Lisagaray, como bien haces en llamarlo, se queda en casa de los Lisagaray— dijo el viejo, tajante, al tiempo que invitaba a Elisa a salir de la sala.

II

Gonzalo Lisagaray prohibió terminantemente a Elisa dar a conocer su descubrimiento. Sin embargo, la insistencia de sus llamadas telefónicas logró persuadirlo de que le permitiera el acceso, durante un tiempo limitado, a su biblioteca particular. El viejo sabía perfectamente que el manuscrito revestía una gran importancia, pero algo en su fuero interno le decía que le pertenecía sólo a él. Por mera cortesía dejó que Elisa copiara el documento a mano. La joven no quiso desaprovechar la oportunidad que se le presentaba, y en cada ocasión que tuvo a su alcance el códice calcó minuciosamente los dibujos y copió las acotaciones y los escolios.

Dando por hecho que el manuscrito era la versión original de Badiano, comenzó la paleografía desde la primera página, con prisa y sin prestar atención al contenido total del libro. Elisa pudo percatarse de algunas diferencias en cuanto a descripciones de las plantas; los colores y dibujos eran mucho más precisos, pero los vegetales descritos eran los mismos que en el Badiano - de la Cruz. Creyó comprender entonces por qué fue abandonada la obra, quedando ésta inconclusa. Un trabajo tan acucioso hubiera tomado años, y probablemente quien encargó la factura del documento no contaba con tanto tiempo. Al menos eso le parecía, pero al darle la vuelta a la página trece se topó con otra razón inesperada. Ante sus ojos apareció la relación de un árbol cuya copa de tipo colgante, tronco grisáceo y hojas extrañamente informes le llamó la atención. No pudo reconocerlo. En un principio quiso atribuir estas insólitas características a un error del *tlacuilo*, pero hasta entonces ella no recordaba un solo detalle con el que estuviera en desacuerdo con el manuscrito. Todas las referencias eran exactas en cuanto a morfología, y era verdaderamente extraño que un disparate de tal naturaleza se le hubiera escapado a los compiladores. Una rápida revisión del documento mostró que las siguientes páginas no detallaban nada fuera de lo normal; se apegaban en esencia a la realidad.

Movida por la curiosidad ante el descubrimiento de una posible especie desconocida, comenzó a calcar los pictogramas sin despojarse de una creciente incredulidad. Un árbol de tronco gris y lechoso, de inflorescencias multicolores y hojas que no seguían ningún patrón establecido (el texto describía hasta cuatro tipos de flores con formas diferentes), le parecía una aberración. *Ceualquáhuítl*, "Árbol de Sombras", tradujo Elisa al inicio del largo texto que abarcaba dos páginas de caracteres apretados y que ella apenas comenzaba a copiar cuando oyó abrirse la puerta de la biblioteca.

—Se ha terminado por hoy el tiempo— dijo Lisagaray con el puro entre los dientes y el reloj de bolsillo abierto en una mano —Debes irte ya.

—Discúlpeme— repuso Elisa bastante apurada —no me di cuenta de la hora y sólo me gustaría acabar de copiar este texto para no dejar incompleta la descripción de este vegetal...

—Lo harás mañana— contestó Lisagaray en un tono que no admitía réplica.

Elisa tomó sus papeles, guardó el códice en su estante y salió de la sala rápidamente. Apenas se detuvo para decir "gracias" y luego se encontró en la calle, lamentándose no haber obtenido completos los detalles del árbol. Caminó a casa sumida en cavilaciones y más de un autoreproche.

A la mañana siguiente Elisa se apresuraba a vestirse y a ordenar su portafolios cuando alguien tocó la puerta de su habitación. Al abrir encontró a su padre, quien le preguntó si planeaba salir a algún lado.

—A casa de tu amigo Lisagaray— contestó Elisa sin mirarlo.

—Lisagaray está muerto.

La joven quedó paralizada. Al parecer, le contó su padre, el anciano se había encerrado en la biblioteca como era su costumbre. Ahí se había iniciado el incendio de la casa, debido probablemente a un terrible descuido de Lisagaray con su puro. Elisa escuchó con desaliento

cómo el fuego había invadido todo sin encontrar obstáculo. La servidumbre había logrado escapar, pero hasta el momento nada se sabía del señor Lisagaray, cuyos restos esperaban ser recuperados entre los rescoldos ardientes de la biblioteca.

—Debo ir— gritó Elisa al ser detenida por su padre en la puerta del departamento.

—No quedó nada, hija. No vale la pena.

III

Algo quedó, y fueron los dibujos que Elisa tuvo tiempo de copiar. Ciertamente es que no dejaban nada en claro, pero ella guardaba los detalles básicos del texto en la memoria. Lo había leído con rapidez, confiada en una posterior traducción. El nombre del árbol no decía mucho, y la relación de su anatomía era para volver loco a cualquiera. Revisó poco convencida los manuscritos del protomédico Francisco Hernández, el libro XI de la Historia General de las Cosas de la Nueva España y el Jardín Americano de Fray Juan Navarro. En ninguno pudo hallar ni la más mínima referencia al "Árbol de las Sombras".

Presas de una obsesiva desesperación se refirió también a los códices pictográficos conocidos, a los índices de flora mesoamericana extinta y a los catálogos de pintura mural mesoamericana. Fue en estos últimos donde pudo arrojar cierta luz sobre el caso. Aunque sumamente estilizada y con una sustancial diferencia en la escala de colores (que ella atribuyó al estrecho margen de colorantes naturales conocidos en el período Clásico), una planta semejante al *Ceualquábuhtl* se alzaba en una esquina fragmentada de un mural adjunto al célebre *Tlalocan* de Tepantitla, en Teotihuacan. Elisa pudo contar hasta tres figuras antropomorfas alrededor del árbol, todos ataviados del mismo modo, con los rostros pintados de negro y en actitud de custodia. Dos mariposas bebían de las flores distribuidas en la copa. Esta pista la alentó a pesar de no estar segura de haber identificado plenamente el vegetal.

A fuerza de releer sus apuntes llegó a memorizar hasta la forma de las flores y las hojas del dichoso *Ceualquábuhtl*, pero después de meses de búsqueda infructuosa decidió poner fin al asunto. Nada justificaba la existencia de tal planta. Pensó incluso que Badiano y de la Cruz habían jugado una broma a sus conquistadores detallando plantas inexistentes, tomándose la molestia de describir efectos curativos ficticios o geografías inaccesibles por mera diversión. En esto estaba cuando su imagen mental de las flores del árbol coincidió con el recuerdo de una flor que había visto esculpida en la célebre imagen de *Xochipilli*, custodiada en el Museo Nacional de Antropología e Historia de la Ciudad de México. Para evitar todo tipo de confusión, Elisa acudió a ver la escultura con sus propios ojos. Ahí estaba. En un costado del personaje sedente, justo en medio del brazo izquierdo de la deidad y el tocado que le cae sobre la espalda. La flor ahí grabada se encuentra de cabeza, cortada por el tallo, y muestra en estado de capullo el cáliz y los pétalos. Pero era la misma. Sólo faltaba el color purpúreo del manuscrito.

Ante la falta de fuentes etnohistóricas fidedignas, Elisa encauzó su investigación por derroteros más palpables. Comenzó a tantear la herbolaria moderna y entrevistó a varios curanderos acerca del árbol. Ella había intuido que la planta tenía usos rituales aparentemente desconocidos, pero le parecía inverosímil el hecho de que una especie tan poco común hubiera escapado a todas las clasificaciones y permaneciera en el desconocimiento. Quizás, pensó, el árbol era una variedad endémica de un lugar aislado; tal vez el secreto de su cultivo y empleo había sido celosamente protegidos por los guardianes de alguna antigua tradición, o bien, simplemente era una patraña milenaria. Todas estas ideas cruzaron por su cabeza al enfrentar la ignorancia de cuatro o cinco "yerberos" y la nerviosa negación de más de un brujo. No faltó también quien se riera en su cara y la tomara por loca.

Sin embargo, Elisa pudo sacar en claro que algunas de estas personas habían oído hablar del árbol. No le hablaron de él, pero en cambio se explayaron respecto a "otras" plantas alucinógenas como la *Ololiubqui* o Manto de la Virgen, los *Teonanacameh* e incluso el peyote. Recordó entonces las teorías e interpretaciones que Wasson y Schultes hicieron de la imagen de *Xochipilli* y las flores narcóticas que adornan su cuerpo. Era obvio que, de existir, el *Ceualquáhuatl* era también una planta sagrada.

Resultaba claro que la respuesta al enigma no era de índole científica. Elisa se dio a la búsqueda de alguien quien todavía practicara el uso de estas plantas y que pudiera informarle sobre la suya. Siguiendo direcciones y consejos dio con el hombre. Era un anciano, una suerte de ermitaño que habitaba en las faldas del cerro que alberga la zona arqueológica de Malinalco, en el Estado de México. Hablar con él no fue una tarea fácil debido a que la gente del pueblo parecía haberse constituido en una barrera que lo protegía y mantenía aislado, pero Elisa fue tan insistente que un día el cerco cedió.

—A usted le aflige algo— dijo el viejo a Elisa tan pronto hubo entrado a su casa —Si va a entrar aquí deberá hacerlo sin preocupaciones.

—Precisamente, vengo a que usted me ayude a salir de una duda— contestó Elisa con el respeto que aquel hombre le infundía.

El viejo encendió el fogón y se sentó sobre un petate en el suelo. Las llamas le daban un aspecto anguloso a su cara, y Elisa interpretó su silencio como un "Dígame".

—Usted es mi última carta— declaró la joven con fingida humildad —sólo vengo a que me hable de una planta, si la conoce. Quiero saber del *Ceualquáhuatl*.

Aun en la oscuridad Elisa notó que el rostro del viejo perdía toda huella de dureza para denotar asombro. Lo vio levantarse y darle la espalda caminando hacia el fogón.

—Hubiera esperado cualquier pregunta, pero no ésta.

—¿Lo conoce?

—Sí.

—¿Entonces existe? Muéstremelo, por favor. No sabe los meses que he pasado buscándolo, el tiempo que he dedicado a...

—Ese tiempo— dijo el anciano acercando su cara a la de Elisa —pudieron ser años, incluso siglos, sin que usted pudiera encontrarlo jamás.

—Dígame en dónde está, cómo llegar a él. Necesito verlo y tocarlo; de lo contrario me volveré loca de incertidumbre al saber que lo tuve a la mano y no pude...

—Nadie lo tiene a la mano. Al Árbol de Sombras no se le puede hallar sobre la faz de la tierra.

—¿Qué? ¿es esto una broma? ¿qué clase de charlatán es usted, que me toma por una imbécil?

—¡Cállese y escuche!— dijo el anciano poniendo su mano sobre la boca de Elisa.

"El Árbol de Sombras sólo crece en *Tamoanchan*. Su tronco milenario está custodiado por Guerreros de las Cuatro Direcciones del Universo. Sabemos que sus flores y resina lo curan todo, lo corporal y lo relativo al espíritu, pero nunca nadie ha sabido cómo administrar ese poder. Muchos lo hemos visto, pero nadie ha podido regresar con una muestra material de él. Algunos han podido pasar la prueba de los Guerreros Custodios y han logrado tocarlo, pero haciendo a un lado la felicidad que se siente estar en *Tamoanchan*, decidieron egoístamente utilizar su poder para su propio beneficio; por no saber cómo hacerlo, o bien como castigo a su soberbia, sus cuerpos se trastornaron y quedaron para siempre bajo el *Ceualquábuítl* formando parte de su densa sombra. Pero también estamos los que hemos vuelto para contar sus maravillas. Nos hemos contentado con mirar, y créame, acertamos."

—Es imprescindible que yo lo vea— rogó Elisa.

—Y obligatorio, además— sentenció el anciano con un ademán de mando.

"El Árbol de las Sombras —continuó con gravedad— sostiene los suelos de los cielos. De él emanan nuestras vidas, es el regalo supremo de *Ipalnemobuani*. Cada uno de nosotros pendemos de sus raíces, y cuando éstas se rompen, es decir, cuando morimos, es necesario que emprendamos el viaje a través de los trece cielos para reencontrar nuestro origen, en *Tamoanchan*.

"Puedo ver que en estos meses de búsqueda la duda y la angustia han ido secando y casi han roto su raíz. Nadie que haya conocido esta verdad puede vivir con tranquilidad otra vez. Ahora es forzoso que vea usted el *Ceualquábuítl* y busque su regeneración; de lo contrario su raíz acabará por desprenderse y su vida se extinguirá irremisiblemente".

Elisa supo después que el viaje que habría de emprender no era sencillo. Iniciaba en una cueva escondida entre las áridas formaciones rocosas del Valle de Tlacolula, en Oaxaca. Conocida como "las fauces de la tierra", *Tlalicamac*, la caverna poseía una entrada extrañamente simétrica. El anciano tardó varios días en hacerle a Elisa todas las recomendaciones necesarias. Debería internarse en la oscuridad de la muerte a solas, sin alimentos u objetos luminosos que pudieran guiarla; después, experimentar la "caída", por llamar de algún modo a esa irreplicable sensación. Y una vez cumplida su misión en *Tamoanchan*, admirar el *Ceualquábuítl*, debía hacer lo más difícil: encontrar el camino de regreso.

El viejo prometió esperar en la entrada de la cueva los cuatro días terrenos que duraría el viaje de Elisa hacia la muerte y le hizo a la joven la última recomendación a manera de

recordatorio: "Al Árbol de las Sombras *sólo deberás verlo*". Y Elisa se sumió en las profundidades de la seca oquedad.

Hondamente conmovido, el anciano decidió esperar por quinto día consecutivo. El tiempo de Elisa se había agotado, al menos eso creyó él hasta verla salir de la caverna bajo el cielo de nubes enrojecidas del atardecer. Elisa cayó en los brazos del viejo con ojos abiertos y expresión perdida. Bebió el agua que se le ofrecía con tanta dificultad que ésta escurría por las comisuras de sus labios. El anciano no pudo obtener respuesta a sus palabras; tampoco una señal de que fuera al menos escuchado. En una mano de la joven el viejo observó una bellísima flor de color purpúreo, y en la punta de uno de sus delicados pétalos se podían ver las huellas de una pequeña y muy reciente mordida. Desde entonces nadie ha sido capaz de volver a ver en Elisa siquiera una tímida sombra de lo que había sido.

Muertes Balbuena S.A.

Los ojos de Heraclio brillaron con intensidad al quitarse la soga que apretaba su cuello; había decidido darse otra oportunidad justo cuando se encontraba a punto de saltar de la silla. Jubiloso, quemó la carta en la que explicaba su dignidad pisoteada y su suicidio a causa de las deudas económicas. "En la vida no he tenido más que fracasos", alcanzó por último a leer en el papel que se achicharraba en el quemador de la estufa. "Creo que mi mejor idea es morir".

Abrazó a Aurelia y a su hijo con la convicción de que esta vez todo saldría bien y que podría después sostenerles la mirada con el orgullo de aquél que triunfa en la vida. La suya era una familia bastante unida. En diecinueve años de casado se había hecho de un pequeño patrimonio, fruto de su trabajo en la oficina de una afianzadora renombrada en la que apenas había escalado algunos peldaños en el escalafón. Rentaba un departamento y salía de vacaciones una vez al año. Aún así, Heraclio sintió siempre una creciente frustración que le quitaba el sueño algunas noches; sentía la imperiosa necesidad de ser un hombre adinerado y con el mundo a sus pies.

Sabía que a él no tardarían en pedirle cuentas. Después de la quiebra de la afianzadora, varios amigos de Heraclio cumplían condenas en la cárcel; otros deambulaban por las calles pidiendo prestado y subempleándose en las actividades más disímolas para saldar sus deudas. Cuando Heraclio se enteró de las extrañas circunstancias que habían rodeado la muerte de su ex compañero Gómez en el Reclusorio Oriente, estaba lejos de imaginar cómo éstas le serían útiles para pagar lo del fraude y emprender un negocio propio. Gómez había sido apuñalado por la espalda sin que nadie en el reclusorio pudiera esclarecer jamás quién o por qué motivo lo había hecho. Lo que sí es que a Gómez le hicieron un favor, porque había desviado fondos de la afianzadora destinados al pago hacendario, con los cuales extendió su negocio personal e independiente de puestos de tacos a la salida de las estaciones del metro. Aunque tenía mucho dinero, todo lo tenía invertido en locales metálicos semifijos, tanques de gas y pago de favores a funcionarios. El caso es que cuando la policía fiscal lo aprehendió, no pudo responder por lo evadido a la Tesorería y hoy, si no fuera por ese *mortal* golpe de suerte, seguiría purgando su deuda con la sociedad: veinte años sin derecho a fianza. En una situación semejante estaban los demás compañeros prófugos de Heraclio. Sin embargo, para él la oportunidad de redimirse llegó sorpresivamente cuando Pruneda, el Gerente General de la otrora bogante afianzadora, le llamó por teléfono:

—Ya están tras de mí, Heraclio —le dijo con frialdad— No me queda mucho tiempo. Mira, a ti te aprecio y gozas de toda mi confianza. No quiero sufrir la vergüenza de contarle la verdad a mi familia.

— Sólo dime qué necesitas que haga— contestó Heraclio intrigado.

—Es muy sencillo. Quiero que me mates —le dijo Pruneda con gravedad, — tampoco tengo las agallas suficientes para suicidarme.

"Yo sé que a ti te buscan por mucho menos, Heraclio. —prosiguó— Es más, yo tengo ese dinero que tanto te hace falta. Pero a mí no me alcanza ni de chiste, estoy perdido. Mátame, Heraclio. Te estoy haciendo un favor, así que no lo desperdicies. Nomás, eso sí, no quiero saber ni cómo ni cuándo lo harás.

Heraclio Balbuena pagó sus deudas pocos días después del oscuro asesinato de Pruneda. Una vez que recibió de él el dinero prometido, no hizo más que poner en práctica, ligeramente modificada, la idea que le diera la muerte de Gómez en prisión. Por dos días estudió los movimientos de Pruneda y se dio cuenta de que cuando los agentes lo buscaban, éste se escondía en la construcción de atrás de su casa. Ahí se agazapaba en la penumbra hasta que la policía se iba. La cosa está en que el tercer día Pruneda no pudo regresar a casa, pues Heraclio simplemente le acomodó un buen tablazo en la nuca y lo libró para siempre de sus penas. —Híjole— le dijo Heraclio al muerto—Creo que te habría dolido un poco menos si no te aviso un segundo antes.

Ahora las ideas bullían en su mente. Los siguientes clientes de Heraclio eran tan cobardes como Pruneda, pero con razones muy diferentes para desear la muerte. Uno de ellos, el que Heraclio consideró como su gran oportunidad, pidió morir de un modo más emocionante. Pagó tan bien que Heraclio pudo organizarle una muerte suprema e inesperada. Este hombre, estando en su coche una madrugada viendo a un payasito malabarista que le causó lástima por estar trabajando hasta tan tarde, descubrió al bajar el vidrio y sacar el brazo con una moneda que no era un payasito, sino un tragafuegos de profesión, quien le roció la cara con el buche de gasolina que traía en la boca, mientras que con un encendedor le daba forma y color de llamarada.

La desahogada situación económica de Heraclio dio entonces paso a la creación de la empresa por largo tiempo soñada. Aunque Heraclio nunca pudo prever el giro que tomaría su negocio, la idea de ser independiente y, sobre todo, su propio jefe, estuvo siempre en su cabeza. Había sufrido mucho en esos años en los que la renta de su reducido departamento, el pago de servicios y las colegiaturas eran una carga difícil de llevar. Tras cumplir con todos los trámites gubernamentales y acondicionar una recámara de su nuevo departamento como oficina, Heraclio registró la nueva empresa bajo la razón social de Muertes Balbuena S.A. La firma, única en su género, estaba dedicada a proporcionar servicios especializados a un mercado de personas cuyas ganas de vivir se habían agotado pero que estaban aún deseosas de ser tomadas en cuenta por alguien. Muertes Balbuena S.A. comenzó ofreciendo paquetes con muertes similares a las ya efectuadas por Heraclio con Pruneda y el hombre del payasito, aunque estos servicios tenían un absoluto carácter de confidencialidad que el cliente debía aceptar ante el hecho de que su *suicidio* no sería llevado a cabo por su propia mano, sino debido a la intervención de un tercero al que Muertes Balbuena S.A. contrataba ex-profeso. Estos acuerdos liberaban a Heraclio y a su empresa de una responsabilidad jurídica mayor en el caso remoto de ser vinculados al crimen por las autoridades, al tiempo que hacían pasar el suicidio ante la sociedad como un asesinato o un accidente. Para maquillar y dar validez a los servicios de

Muertes Balbuena S.A., la empresa negoció alianzas comerciales estratégicas con una conocida funeraria y con la mayoría de los cementerios de la ciudad, con lo que dio a sus clientes la posibilidad de morir sin causar problemas. Incluso una de las cláusulas del contrato exigía la existencia de un testamento; si éste no había sido redactado, Muertes Balbuena S.A. canalizaba al cliente con una notaría asociada que asesoraba adecuadamente al suicida.

Heraclio se dio cuenta muy pronto de que su negocio debía ampliar sus expectativas y actuar más de acuerdo con la ley, a modo de forjarse una reputación y un nombre respetables y demandados. Tomando en cuenta la cantidad de hombres y mujeres que llegaban a él exigiendo una muerte más digna y excitante, Heraclio resolvió la apertura de un parque que satisficiera las necesidades de sus clientes. Originalmente el emplazamiento de *Quetzalmiquizco* —nombre del parque— fue en las costas de el Golfo de México, en un pequeño pero histórico pueblo de pescadores llamado Villa Rica. El lugar era insuperable para los propósitos de Muertes Balbuena S.A. debido a que sus escenarios naturales eran perfectos para el disfrute de los últimos segundos de estancia terrena. Varias personas tuvieron la suerte de morir bajo el sol veracruzano, ya sea insoladas o debido a la picadura de serpientes y escorpiones allí aclimatados, mientras intentaban cruzar, vistiendo como exploradores, el mar de dunas de arena en Villa Rica. Es útil decir que los cadáveres y osamentas de los clientes anteriores permanecían *in situ* gracias a un permiso escrito póstumo para así crear un ambiente más realista a futuros suicidas, quienes al adquirir su paquete ignoraban el tipo de pruebas que habrían de sortear.

Aprovechando el mar y la ubicación privilegiada de Villa Rica, Heraclio hizo quemar y hundir la reproducción de una carabela española que por capricho comprara meses antes en el puerto de Veracruz. Una vez que ésta estuvo en las profundidades, y coincidiendo con el sitio donde míticamente Cortés quemara sus naves en 1519, Muertes Balbuena S.A. comenzó a ofrecer una nueva experiencia arqueológica submarina a sus clientes quienes, después de aprobar un curso de buceo que la empresa impartía a módicos precios, se sumergían en busca de supuestos artefactos del siglo XVI y veían el oxígeno en sus tanques agotarse a los pocos minutos. Si bien algunos murieron de angustia o asfixia, la mayoría de ellos falleció bajo las olas debido a la descompresión y la súbita abundancia de nitrógeno en su sangre.

Sin embargo, la mayor atracción de *Quetzalmiquizco* era la ocurrente utilización que Muertes Balbuena S.A. daba a una de las dos quebradas que existen en Villa Rica. Situadas en una minúscula península, estas dos fallas geológicas ofrecen al espectador una vista preciosa del mar y la nucleoelectrónica de Laguna Verde. Heraclio mandó construir en una de ellas un tobogán cuya caída vertical calculó en 60 metros, y que llamó adecuadamente *El Resbalón*. Al cliente, quien podía escoger entre realizar su último acto con o sin venda en los ojos, le tomaba unos 3.30 segundos deslizarse antes de finalmente hacerse pedazos entre las rocas golpeadas por las olas. Un buen número de personas escogieron hacerlo sin venda y deslizándose sobre el abdomen por encontrarlo más atractivo, aunque lo normal era lanzarse con los pies por delante. La ventaja que ofrecía esta última atracción era poder contar con el servicio de Muerte

Certificada ante Notario, funcionario que fotografiaba abajo la llegada del cliente y, tras mandar que se ordenara y limpiara el sitio, daba su anuencia para el lanzamiento de otro más en la larga fila. El éxito comercial del parque y sus nulos problemas legales descansaban en el consentimiento que los usuarios daban obligatoriamente por escrito antes de morir, en el cual explicaban que lo hacían por propia voluntad y con todos sus asuntos legales previamente arreglados.

Heraclio pasaba la mayor parte del tiempo fuera de casa. Las cartas de su familia, que jamás leyó, se amontonaban en la nueva oficina matriz mientras él veía crecer y crecer el negocio. La secretaria, movida sin duda por la misericordia y a escondidas de su jefe, contestaba periódicamente con mensajes como "nos veremos pronto" y "qué bueno que todos estén bien".

Muy pronto los servicios de Muertes Balbuena S.A. comenzaron a ser mayormente demandados; se convirtieron en una nueva moda entre la alta sociedad y el grupo en el poder cuyos miembros, hartos de todos los lujos a su alcance y de haber experimentado todo en la vida, proponían a Heraclio proyectos de muerte que superaran los ya realizados por otros miembros de la elite. Los cuestionarios y encuestas que Muertes Balbuena aplicaba siguiendo las reglas de la mercadotecnia moderna revelaron la comprensible tendencia de estos hombres y mujeres a no quedarse atrás de otras familias, vecinos o parientes. Esto implicó para Heraclio la creación de nuevas atracciones en otros estados de la República, por lo que viajaba continuamente.

Mientras Heraclio supervisaba el lento y desesperante ahogamiento de una joven en su recién inaugurada alberca de cajeta en Celaya, Guanajuato, recibió la noticia de que debido al éxito de su negocio un círculo de antropólogos y sociólogos mexicanos había comenzado a considerar que el culto a la muerte entre los antiguos indígenas estaba experimentando un resurgimiento; se hablaba ya del "Fenómeno Balbuena" como una irrefutable comprobación del *Mito del Eterno Retorno*. Incluso se citaban como ejemplos las ya numerosas muertes de personas que, sin necesidad de la empresa, habían hundido cuchillos en sus pechos para extraerse el corazón en lo alto de pirámides en conocidas zonas arqueológicas; los testigos presenciales afirmaron haber escuchado que las autoinmolaciones tenían como fin seguir dando vida al astro rey y prevenir que el país se viera más dañado por el mal gobierno y los movimientos telúricos anunciados en la Leyenda Azteca de los Soles.

Estando tan ocupado en las exigencias de la empresa, Heraclio no pudo darse cuenta sino hasta varios días después que su hijo, quien acababa de alcanzar la mayoría de edad, había tramitado su deceso con uno de los agentes de Muertes Balbuena S.A. La videograbación del evento mostraba que las últimas palabras del joven, antes de saltar de un avión con un paracaídas especialmente confeccionado con papel de China, habían sido para maldecir la falta de atención de su padre. Aquél fue un golpe doloroso para Heraclio, pero no suficiente para lograr que detuviera las actividades que llenaban su agenda. Algunos días después, en los Montes Azules de Chiapas, donde Heraclio se encontraba por entonces negociando una nueva

atracción con la guerrilla, un representante legal de Aurelia, su mujer, le mostró la demanda de divorcio acusándolo de abandono de hogar. La firma de este documento, en el cual Aurelia no reclamaba un solo centavo, causó esta vez un efecto demoledor en el ánimo de Heraclio Balbuena. Una profunda tristeza lo atormentó durante los siguientes días. Nunca volvería a ser el mismo.

No sirvió de mucho que sus colaboradores corrieran desesperados buscando un médico, ni la intervención de los rescatistas a bordo de una rapidísima ambulancia, ni los fuertes golpes en la espalda, ni la aplicación del manual de primeros auxilios y la maniobra de *Heimlich*, ni el intento de un cocinero —quien dijo conocer el procedimiento— por realizar una traqueotomía de emergencia; la muerte del empresario, aseguran sus empleados de confianza, fue por completo inesperada. Heraclio comenzó a toser al tiempo que su rostro se amorataba y señalaba con una de sus manos los huesos del pollo que en silencio comía en un pequeño restaurante de Tapachula, mientras con la otra mano se asía el cuello desesperadamente.

Hasta el momento una gran cantidad de familiares, personas cercanas y socios autodesignados mantienen pleito legal con la finalidad de ser nombrados herederos o beneficiarios de la fortuna de Heraclio. Por lo que se sabe, ésta se encuentra aún en poder del Tribunal de lo Civil, debido a su lamentable fallecimiento en calidad de intestado.

El viajero.

La vida es sueño.
Calderón de la Barca.

Síntesis de las grabaciones y notas de Gisli Sigurdsson, durante sus últimos días de vida en Rejkjavik, Islandia, en 1993.

Esta enfermedad acabará conmigo. Hace unos días amanecí cubierto con un extraño y finísimo polvo que se escapaba de las manos de los médicos, y recuerdo que esto fue después de aquel sueño en el que la luna me pareció de algún modo inconclusa y completamente gris. Los científicos tienen dudas acerca de la procedencia de esa especie de tierra, pero los análisis, que ellos esperan concluir hoy mismo, confirmarán si se trata o no de polvo lunar. Yo ya no puedo levantarme a causa del cansancio, pero aunque pudiera hacerlo, mi habitación, con esa pared de vidrio inastillable que me deja mirar el jardín, no me daría ningún tipo de libertad; fue construida para ser una prisión ineludible.

Debo decir que mi oficio ha sido siempre la cantería y que la gran cantidad de obras que hay en el jardín —todas creaciones mías— son mi único consuelo en este encierro. Cada día, cada mañana, su número se incrementa y es debido a la inmensidad de esa extensión de tierra, al parecer sólo limitada por las lejanas faldas del Sneffels, que estoy aquí. A pesar de la cantidad de máquinas a las que estoy conectado continuamente, muchas de las cuales han tratado de explicarme los científicos en un vano intento de justificar la privación de mi libertad, los médicos y eruditos no han logrado esclarecer qué es lo que me sucede. Sé, por una enfermera que me trae a diario la comida, que la casa en que me encuentro está aislada de todo y que el ejército ha evacuado la zona para evitar que las piedras y monumentos que traen mis sueños aplasten a alguien cuando llega el amanecer y con él mi despertar. Hace unos meses, cuando aún podía caminar en el jardín, unos arqueoastrónomos me preguntaron acerca de mi *Cromlech*. Les conté que para terminarlo había necesitado varias noches de trabajo arduo y les hablé durante horas acerca del significado de su estructura y su orientación hacia las constelaciones o la dirección en la que el sol se pone en el solsticio de invierno. Algunos días después pude leer en una revista que me proporcionaron un artículo en el cual esos hombres decían haber descifrado el enigma de las alineaciones monolíticas de Stonehenge. Sonreí durante un largo rato pensando en lo ingenuos que eran; mi *Cromlech* es mucho más antiguo y sirvió de inspiración, algunos siglos después, para la erección de ese insignificante círculo de piedras que hoy tanto veneran los turistas en las praderas de Inglaterra. Lo sé bien porque yo mismo ayudé a sus constructores a corregir los cálculos astronómicos en los que se basaron para edificarlo. Sin mí no hubiera podido marcar ni la sombra del medio día.

No sé cuánto tiempo llevo aquí encerrado. Hablo en voz alta pues sé que me graban y videofilman durante las 24 horas del día. Esta soledad y la estela de piedra caliza que hoy veo cerca del vidrio de mi habitación me recuerdan vivamente las noches que pasé en la tumba del Ahau Chan Bahlum, tallando en la roca la historia de su reinado, su linaje y la grandeza de sus

victorias en esa ciudad maya que hoy llaman Palenque, En México. Porque a pesar de todo mi memoria no es mala. Eso sucedió el día de la muerte del soberano, ya esperada, el 9.13.10.1.56 Chicchan 3 Pop de la cuenta larga o 20 de febrero del año 702. Si en vez de asombrarse con mis *inexplicables* conocimientos los historiadores me preguntaran acerca de los glifos mayas, que hoy muchos epigrafistas ventajosos quieren leer hasta en inglés y que cambian su interpretación a cada momento, hace tiempo que hubieran dejado de ser un misterio.

Lo único que ha podido demostrar la ciencia acerca de mí es que todo cuanto sucede a mi alrededor proviene de mis sueños nocturnos, que para su desgracia yo he dado en llamar *vidas*. Los hombres que vienen a verme mañana tras mañana me obligan a narrárselos, aunque sospecho que sólo vienen a corroborarlos, si tomamos en cuenta la aparición diaria de nuevas esculturas y construcciones en el jardín y sus alrededores. En él se han acumulado decenas de pirámides y templos, arcaturas, menhires, catedrales y dólmenes, además de los tres Moais de la Isla de Pascua que traje ayer y otras tantas estatuas y mausoleos que aún no se han podido inventariar ni explorar. Estoy seguro que ningún arqueólogo soñó siquiera con contemplar el Coloso de Rodas como lo han hecho ya algunos campesinos de esta tierra de volcanes. Incluso algunos teólogos cristianos, intrigados sin duda por las cosas que han escuchado acerca de mí, han logrado cruzar las barreras que me separan del mundo externo para verme y preguntar, incrédulos y cautelosos, acerca de la tumba de Cristo en Jerusalén. Me gusta observar su ira al enterarse de que el sepulcro que veneran hoy en día en esa capilla de Jerusalén es sólo una farsa inventada por Santa Elena, posteriormente utilizada por los ministros de la Iglesia y los Cruzados para satisfacer la demanda religiosa del Medioevo y justificar así el afán expansionista del cristianismo. La verdadera tumba de Jesús, excavada en una roca del huerto de José de Arimatea, puede verla quien lo desee al fondo del jardín. Yo fui su autor¹.

Hace unos cuantos minutos vinieron los científicos, estupearlos, a confirmar lo sucedido en mi sueño. Los estudios han revelado que el polvo gris que me cubría es efectivamente lunar. Su edad, según las pruebas, es de miles de millones de años, en los lejanos albores del tiempo. Después de conocer estos resultados queda una sola conclusión respecto a mí a la que puedo llegar. Ahora todo está claro nuevamente. Soy un ser que existe desde el principio del tiempo. No soy un hombre, soy el Creador, soy el autor de la luna, el escultor mismo del universo que se dejó arrebatar por la fascinación de su propia creación imperfecta y quiso experimentarla en sí mismo; no estoy enfermo, este cuerpo que me atrapa y que me hizo olvidar mi naturaleza es humano y al mismo tiempo, ahora lo sé, intemporal. Y quiero advertirles que hoy que conozco la verdad otra vez, he decidido terminar con todo. Estoy harto, se acabaron las palabras y las obras. Como deidad que soy exijo descanso. Mi lugar de reposo y último sueño serán austeros. Encuentren mi sepultura y mi cuerpo, mañana en el jardín, tan pronto amanezca.

¹ Efectivamente, en el curso de estos últimos años, los estudios de H. Rosenblum han podido demostrar que el templo del Santo Sepulcro de Cristo se encuentra cubriendo una tumba excavada en una época posterior. El sepulcro del jardín de Rejkjavik muestra características morfológicas que establecen la fecha de su factura, sin lugar a dudas, a principios de nuestra era, además de ajustarse inquietantemente al descrito por Juan el Evangelista, único testigo ocular de quien tenemos una descripción supuestamente verosímil. (N del T).

Oda a un círculo de piedras

Justo en medio de la llanura incandescente hay un círculo de piedras, y justo en medio del círculo de piedras hay un hombre sonriente y de pie mirando el horizonte. En el horizonte, por segunda y última vez en el año, el sol se pone justo en medio de dos montañas lejanas, incendiándolas como único recurso de supervivencia. El hombre voltea y ve a su sombra alargarse y partir en dos, justo por la mitad, el semicírculo de piedras detrás de él; nota también que la roca que tiene al frente, con su arista afilada aunque irregular, proyecta a su vez una sombra que avanza con lentitud hasta posarse justo en medio de sus pies, apenas separados para proporcionarle firmeza en la observación. Justo en medio de la observación, el hombre imagina que en el tiempo distante y pasado alguien más hizo lo que él ahora, piensa en todos los atardeceres de aquél otro hombre solitario, sentado justo en medio de una llanura vacía, plana, viendo a su sombra lamer el suelo y calculando dónde exactamente deberá colocar esa piedra afilada que habrá de comunicar a un hombre que no conocerá nunca que justo en la mitad del círculo de piedras yacen su cuerpo y su espíritu, esperando con paciencia eterna que el descubrimiento de su descubrimiento vuelva a infundirles la vida que tuvieron al cerrar el círculo de piedras y sonreírle al atardecer.

El problema de los jeroglíficos calcados

Dedicado a la memoria

de Sir Arthur Conan Doyle.

Creo haber dicho ya en alguna ocasión que, de todos los casos en los que pude trabajar al lado de Sherlock Holmes a lo largo de diecisiete años, sólo unos cuantos fueron puestos a su consideración por mi medio. Saco hoy a la luz éste, el tercero y quizás el más embrollado de todos los que cumplieron con esa condición, debido a que su publicación no podrá en estos días incomodar ya a nadie. Debo decir que es injusto afirmar que Holmes se haya dedicado al caso sólo debido a mi petición. Como se verá después, las raíces de éste se habían bifurcado llegando a lugares bastante recónditos e inesperados que le dieron al problema ese carácter único que mi amigo Holmes añoraba siempre con todas sus fuerzas.

Yo estaba dedicado a mi labor de médico, y por aquel entonces el pequeño consultorio que había instalado comenzaba poco a poco a pasar de desierto a aldea, por así decirlo; mi clientela iba en aumento y mi situación económica no era para quejarse. Hacía algún tiempo que no sabía nada de Holmes, salvo lo escueto de las notas en los periódicos en las que se le nombraba por intervenir en algún caso difícil para la policía londinense y, seguramente, de poca monta para sus capacidades. Sentí nostalgia y pensé en visitarlo más de una vez en nuestras habitaciones de Baker Street, pero, como se sabe, un médico que busca reconocimiento nunca es dueño de su tiempo. Así habían pasado dos largos meses. Lejos estaba de saber que muy pronto habría de visitarle, aunque no con el propósito de verle, sino de hacerle una consulta. Fue muy extraño acudir a él como cliente en vez de como compañero.

La tarde era brumosa en extremo y los coches circulaban lentamente y con las lámparas encendidas por las calles enlodadas de Londres. Al llegar al 221 de Baker Street, noté al bajar del *hanson* que las luces de nuestras habitaciones eran más débiles de lo normal. Estaban echadas las persianas y deduje que encontraría a Sherlock Holmes sumido en su sillón, meditando algún caso y en medio de la espesa nube de tabaco que caracterizaba esos momentos de reflexión. Nuevamente la aplicación de los métodos de mi amigo me resultaba un completo fracaso, porque, según me informó *mistress* Hudson al quitarme de encima el abrigo, Holmes no se encontraba en casa desde muy temprano por la mañana.

—Pero, ¿y la luz encendida?— pregunté a la señora.

—Hago la limpieza, doctor— contestó ella, haciéndome sentir pena ante lo equivocado de mis deducciones —Aprovecho que no está él para siquiera quitar algo de polvo.

No era para menos, porque al subir a las habitaciones vi que Holmes había llevado casi al extremo de una manía el desorden sistemático que yo conocía tan bien. Había por todos lados montones de periódicos sin amarrar y la mesa de los experimentos químicos estaba hecha un desastre con las retortas y los tubos de ensaye rellenos de una materia azul y pegajosa que olía terriblemente. No encontré ni siquiera dónde sentarme, e incluso llegué a pensar si sería prudente entretener la espera encendiendo una pipa cuyo olor vendría a sumarse al de tabaco

rancio que infestaba las cortinas del cuarto de Holmes. La encendí de todos modos y comencé la lectura de un *magazine* mientras daba vueltas por la habitación. *Mistress* Hudson había encendido el fuego y había abierto las ventanas, haciendo con ello el ambiente más soportable.

Tuve que esperar dos horas antes de oír los pasos ágiles de Holmes por las escaleras. Al entrar él, lo encontré ligeramente más pálido y anguloso que de costumbre. Traía las ropas enlodadas.

—Debería usted tener más cuidado de su persona, Holmes— le dije —Apuesto a que no ha probado bocado en todo el día.

—A mí también me da gusto verle, querido Watson, aunque su visita sea sólo debido a que le preocupa la salud de alguno de sus enfermos. ¿Es que también me cree capaz de ayudarle en problemas de índole tan de su profesión, como la Malaria?

—¡Holmes, esto es el colmo!— exclamé, estupefacto. —Nunca cambiará. Pero ¿cómo pudo saberlo? hace meses que no le veo, y...

—Veo que aún conserva usted esa capacidad de asombro— dijo Holmes con expresión divertida —Eso es bueno. Pero la verdad es que me la jugué con usted, Watson, y tuve la fortuna de acertar.

—Pero, ¿cómo?

—Verá. Cuando entro a mi cuarto y veo a mi amigo Watson dando vueltas desesperadas, y en su rostro las ojeras reflejan que ha pasado al menos tres noches en vela, y recuerdo que ahora está dedicado de lleno a la medicina, sólo puedo creer que es la salud o los problemas de un paciente grave lo que lo ha traído hasta aquí. ¿Me sigue?

—Hasta ahí todo está claro, pero ¡La malaria, Holmes...!

—Para eso fueron necesarias algunas pequeñas y sencillas deducciones— Dijo, encendiendo su pipa —Tomando en cuenta que era un enfermo lo que lo movía a visitarme, sólo me quedó hilar el hecho de que de la bolsa de su saco sobresale un termómetro para averiguar que el problema era de fiebre. Ahora bien, No lleva usted el reloj en el bolsillo, sino colgando de la leontina, lo que dice a gritos que usted lo ha estado consultando continuamente en los últimos minutos. Están, además, las pequeñas manchas de sangre en la manga de su camisa. Entonces ¿Qué nos queda? Pues un médico impaciente, sangre de hemorragia, fiebre y consultas frecuentes al reloj por la tarde. Ya sabe usted, Watson, que la malaria es una enfermedad que cumple con todos los requisitos de la situación, a saber: fiebres intermitentes y a la misma hora todas las tardes que comprometen la vida del paciente, además de corrientes hemorragias nasales. Son detalles que harían ponerse en alerta al médico que lo trata. Eso es lo que yo vi en usted al entrar, y ya ve, no me he equivocado.

—Pues aún me parece increíble.

—Sin embargo no lo es, Watson. Y permítame recomendarle que alimente bien a su enfermo, porque sin duda padece también de anemia.

—No hace falta que se burle de mí, Holmes.— le dije, mientras él reía por lo bajo.

—Vamos, vamos. Al grano que tiene usted que volver al lado de su paciente. ¿Es algún personaje importante?

—No, no lo es— dije, sentándome en una de las sillas que Holmes había desembarazado de los periódicos —Le contaré todo paso a paso. Hace tres días, estando a punto de retirarme del consultorio, sonó la campanilla anunciando a algún paciente rezagado. Confieso que me fastidió, porque había sido un día largo y lleno de trabajo, pero de todos modos fui a abrir. En ese momento entraron cuatro hombres que, sin decir una sola palabra, colocaron a un quinto sobre el sillón de la sala de espera. El hombre tenía la cara ensangrentada por una hemorragia nasal y sufría terribles convulsiones. Su estado era lamentable, pues era en extremo delgado y correoso, y su cabello negro, lacio y sucio le llegaba prácticamente hasta los hombros. En un principio me llamó mucho la atención el color oscuro de su piel, contrastando con la extraña ropa blanca, de una sola pieza, con que cubría casi todo su cuerpo. Iba además descalzo.

—¿Diría, en su opinión, que se trata de un nativo de la India?

—Eso creí, pero no acertó a asegurarlo— contesté. —No sería difícil que así fuera, debido a que cada vez los vemos más seguido por las calles de la ciudad. Pero no, este hombre tiene algo diferente, algo que no he visto en gente de esa raza. Se podría decir que es pequeño en comparación.

—Interesante. ¿Y de dónde salió?

—Nadie sabe. Esos hombres lo encontraron tirado en mitad de la calle sufriendo uno de sus ataques. Vieron mi placa de médico en la puerta y se precipitaron dentro. No he vuelto a ver a ninguno de ellos.

—¿Tenía el enfermo señales de haber sufrido violencia?

—En lo absoluto, Holmes. Está muy enfermo y aún no sé si tendrá la suerte de salvar la vida. Pero lo importante —deslicé con malicia, sabiendo que ello interesaría a mi amigo— es el papel que traía en la mano.

—¡Un documento!

—Y de lo más extraño. Lo tenía fuertemente aferrado en una de sus manos y sólo pude arrebatarlo cuando se aplacaron sus convulsiones.

—¿Qué es lo que dice el papel?— preguntó Holmes, intrigado.

—Precisamente es lo que me trae aquí. Para mí, un ojo al que se le escapa tanto, no dice nada. Son unos jeroglíficos calcados.

—Es preciso que lo vea— exigió Holmes.

He aquí el contenido del papel que mostré a Holmes:



El papel no era muy grande y Holmes lo extendió sobre un espacio de la mesa de química con un interés que me hizo sentir importante.

—Veamos, papel de fabricación inglesa, arrancado de un pliego mayor con una navaja. Tiene manchas de sangre ¡Lógico!, y, efectivamente, una serie de jeroglíficos calcados al carbón. ¿De dónde fueron copiados?

—No tengo ni la más remota idea.

—De una piedra, como es obvio— se contestó él mismo dando vuelta al papel y señalando unas pequeñas líneas de barro que correspondían con los trazos de carbón. —Pues bien, Watson, tenemos unos jeroglíficos calcados burdamente y con prisa de una piedra grabada en bajorrelieve. Es todo.

—¿Puede leerlos?

—Mucho me temo que no. Este tipo de escritura, si es que de eso se trata, es completamente nuevo para mí. Pero dígame, Watson, ¿Ha hablado ya ese pobre hombre?

—Es común que hable durante sus delirios, pero con tal incoherencia o en un idioma tan extraño que nadie ha podido entenderle una sola palabra hasta el momento.

—¡Cómo! — exclamó Holmes — ¡Entonces le ha visto ya alguien más!

—Claro. Su estado grave lleva ya tres días y he tomado otras opiniones que ayuden a concluir su tratamiento. Y como además sentí curiosidad de saber quién era y de dónde venía, hice llamar a algunos expertos en lenguas de los más prestigiados colegios de Londres. ¿Cree usted que hice mal?

—De ninguna manera, compañero. Creo incluso que ha avanzado usted mucho. ¿Y qué le dijeron?

—Nada. Nadie pudo entender lo que dice. Ha sido cómico ver llegar a esta gente en una actitud arrogante y salir con la cola entre las patas. Ni siquiera han sido capaces de decir a qué zona del planeta es probable que pertenezca esa lengua inextricable.

Sherlock Holmes se clavó en su sillón con los dedos entrecruzados debajo de la barbilla. Luego se incorporó para tomar el papel con los jeroglíficos y lo observó detenidamente, dándole vueltas al papel como tratando de encontrarles algún sentido.

—Estoy empezando a creer, Watson, que todo el misterio está en esta escritura estrafalaria. Sin duda es de importancia, ya que el individuo la tenía como su única preciada posesión. ¿Cuánto tiempo cree usted que llevaba este hombre por las calles?

—Por lo menos tres días, tomando en cuenta su debilidad por hambre y la suciedad de su cuerpo.

—He ahí un dato. Si él no fue capaz de pedir algo que comer en tres días, aún estando enfermo, quiere decir que no le oiremos hablar ni una sola palabra en inglés. Podemos concluir también que esta urbe escandalosa y su sociedad le son por completo ajenas. ¿Le catalogaría usted como un *salvaje*?

—No puedo pensar en otra cosa, Holmes. En sus breves instantes de conciencia muestra tal terror por las cosas comunes como la lámpara de gas y las agujas hipodérmicas, que intenta salir corriendo del cuarto. Pero le tengo bien vigilado y aún está demasiado débil para lograrlo.

—Bien. Creo, estimado Watson, que es todo lo que por hoy se puede hacer. Voy a ocuparme de este caso extraordinario desde mañana mismo. Pienso que lo mejor que usted puede hacer es correr al lado de su enfermo y ver que alguien lo cuide, lo mismo que sus otros clientes. Me imagino que no tendrá inconveniente en acompañarme para hacer luz en *su* caso.

—Desde luego que no— dije, entusiasmado ante la posibilidad de retomar mis viejos hábitos en su compañía —Estoy a su completa disposición.

Eran ya como las ocho de la noche cuando dejé a Holmes fumando sobre su sillón y, ya en la calle, hice llamar un coche que me llevó a casa perdiéndose parsimoniosamente entre la neblina gris.

Muy temprano, a la mañana siguiente, un mensajero de Holmes tocó a mi puerta y me entregó un brevísimo recado: "*Venga inmediatamente. S.H.*" Al llegar a Baker Street hice tocar la campanilla y nuevamente fui recibido por la amable *mistress* Hudson, quien, sin embargo, lucía un rostro desmañado. Al parecer ninguno de los tres habíamos pasado buena noche, pues tan pronto entré a las habitaciones encontré a Holmes frente a los platos vacíos de su frugal desayuno. Con un vaivén de la mano me indicó que me sentara y me ofreció su tabaquera.

—Llega temprano, Watson, aunque demasiado tarde— dijo.

—¿Por qué? ¿Qué sucede?

—Imagino que no ha escuchado nada aún sobre el misterio de Abbey Road. Claro que no, no lo sabe aún, todavía no circulan los periódicos a estas horas. Poco después de que usted se marchara anoche, el detective Lestrade tuvo a bien hacerme una visita de madrugada.

—¿De madrugada? ¡Debió ser algo importante para despertar a todo el mundo a una hora tan imprudente!

—Lo era, Watson. El pobre estaba hecho un amasijo de nervios. Tuve que obsequiarle con un té, amablemente servido por *mistress* Hudson, y después de eso, ya más tranquilo, puso a mi consideración un relato por demás extraordinario.

—Imagino que esto detiene el caso de mi hombre y sus jeroglíficos— dije, algo contrariado.

—Pues se equivoca. Me alegra que esté usted aquí para poder recapitular sobre algunos detalles del crimen mientras lo pongo al corriente de la situación.

—¡Un crimen!

—Asesinato, Watson. Y ahora, si me permite, contaré todo tratando de apegarme a la descripción del insigne Lestrade, con quien nos reuniremos tan pronto nos sea posible.

Sherlock Holmes me hizo entonces el siguiente relato de la noche pasada:

"Míster Holmes —dijo él mismo, imitando graciosamente la voz del detective Lestrade— es para mí una verdadera vergüenza tenerlo levantado a estas horas, pero lo que me trae aquí es algo que en verdad lo merece, ya lo verá. Sabrá usted que en Abbey Road las casas, pequeñas en realidad, se alinean una tras otra a lo largo de la calle. Es una zona con mucho

movimiento de gente y coches. Apenas hace unas horas una vecina hizo llamar al guardia que hacía su ronda para quejarse que de la casa de al lado salía un olor nauseabundo que les parecía ya insoportable. Los vecinos habían llamado ya a la puerta en repetidas ocasiones, pero nunca obtuvieron respuesta. Dijeron no conocer a los inquilinos porque la casa está constantemente en renta y es ocupada indistintamente por médicos internistas o reporteros corresponsales y por muy breves períodos de tiempo. ¿El dueño, míster Holmes? Desde luego le hemos interrogado ya, pero dice que es tan frecuente el cambio de inquilinos que no pide nombres ni hace contratos. Incluso el último ocupante le pagó por adelantado cinco días (cosa, según él, nada común), que vencen mañana, y no se había vuelto a ocupar de él. La descripción de este hombre es tan vaga que resulta del todo inútil.

"Pero no se impaciente, míster Holmes. Tenía que ponerlo en antecedentes, es todo. El guardia volvió a tocar la puerta varias veces y pudo constatar que el olor que salía de la casa era intolerable. Nadie abrió. Las ventanas se hallaban cerradas y las cortinas echadas, por lo que no se podía ver el interior. Con la ayuda de otros oficiales la puerta fue derribada y dos de ellos estuvieron a punto de caer desmayados por el olor concentrado y el terror de la escena que tuvieron que contemplar. Trataré de ser lo más exacto posible al describir lo que yo tuve que ver después. La habitación principal de la casa es reducida, y sus ventanas dan al frente de la calle, a la que se accede desde la puerta por un pequeño pasillo de arcilla apisonada bordeado con setos de flores a la altura de las rodillas. A ambos lados de los setos se extiende un pequeño y mal cuidado jardín. Ahora bien, ya en el interior, nosotros pudimos observar que sólo una de las recámaras, que son dos, había sido utilizada. El hombre en cuestión llevaba al menos tres días de muerto y yacía en el suelo, boca abajo y con los brazos extendidos. En la mano derecha, renegrida, tenía un trozo de carbón de dibujante, y en la otra un papel en el que se observan extraños signos. El pobre hombre estaba copiando algo, pero no pudo terminar porque algo le aplastó la cabeza haciéndosela papilla sobre el piso. Nadie podría reconocerlo, pero debe ser el hombre que el casero describió. No pudimos, sin embargo, encontrar en toda la casa un objeto que hubiera podido causar esa muerte tan espantosa; es cierto que hay alrededor objetos que pueden ser usados como arma contundente, pero ninguno tan pesado como para aplastar un cráneo de esa manera. No había nada tampoco que tuviera un ligero parecido con lo que el hombre calcaba antes de morir, ni es posible saber dónde lo hacía, pues no existe en la casa una mesa del tamaño apropiado para el papel que el hombre tenía en la mano, y las pocas huellas que quedaron —porque el asesino las limpió con un trapo— demuestran que el asesino, quien usa botas de montaña, estuvo caminando por la habitación. Creemos que discutieron y el hoy muerto huía de él entre los muebles.

"¿Eran los jeroglíficos, por casualidad, parecidos a estos, Lestrade?", le interrumpí para enseñarle el papel que hizo bien usted en traerme, Watson. "¡Es inaudito, míster Holmes! Juraría que son los mismos". "Un momento", le detuve "¿Cuál era la parte inconclusa de la calca que hacía el hombre?" "Al parecer la de abajo, míster Holmes, si tomamos el papel en el sentido vertical que guardaba en la mano del muerto, porque de otro modo no es posible

encontrarle sentido a estos extravagantes signos". "Revelador. ¿Y sus huellas, fueron halladas?". "No. Usaba unas pantuflas al morir. Al parecer acababa de levantarse y hacía su trabajo con prisa". "Muy bien", le dije, "Así es que el asesino usa botas de montaña". "Sí, pero aún no le he dicho lo más extraordinario, porque al parecer ese hombre nunca salió de la casa". "¿Cómo pudo ser eso?". "No pudimos encontrar por ningún lado sus huellas de salida en el pasillo de arcilla. Sólo entran, eso es todo. En cambio, encontramos las de otro hombre que salió de ahí. Por no sé que endemoniada razón, ese hombre salió descalzo". "Magnífico, magnífico", exclamé, retorciéndome las manos de placer "Creo, Lestrade, que este caso promete ser muy didáctico. Tiene detalles novedosos. Estaremos en la escena del crimen a primera hora, y confío en que para entonces aún seremos capaces de encontrar algo que pueda acercarnos a la verdad".

Tal fue la historia de Lestrade, y tan pronto la hube escuchado de Holmes, partimos rápidamente hacia Abbey Road. En el camino, comenté con él un detalle que me preocupaba y que escuchó sin contestar nada en absoluto.

—Estoy viendo que mi *salvaje* no es precisamente la criatura inocente que yo creía. ¿No le parece, Holmes, que la reaparición de los jeroglíficos y el hombre descalzo saliendo de la escena del crimen son datos determinantes?.

Era una mañana bastante húmeda. Cuando llegamos a la casita, encontramos a una multitud de curiosos que nos fue difícil cruzar. Era un auténtico milagro que los rastros se hubieran conservado en el suelo mojado después de tres días. Lestrade se encontraba en la entrada del pasillo de arcilla y se mostraba desconcertado.

—Le esperábamos, míster Holmes— dijo, quitándose el sombrero —Es un placer tenerlo aquí también, doctor Watson. Nadie más ha vuelto a pisar el jardín ni el pasillo, pero todavía no logramos formarnos una hipótesis. Están a punto de llevarse el cadáver, pues ya no puede permanecer más aquí. Mucho me temo que sea poco el tiempo que le queda, míster Holmes, para aplicar sus métodos.

—Entremos entonces— dijo Holmes sin perder un instante.

La escena que nos esperaba adentro era más terrible de lo que habíamos escuchado. Ahí estaba el hombre, cuyo cráneo no era más que un coágulo marrón en el suelo, y su masa encefálica había saltado casi dos metros a los lados de la cabeza debido al impacto que la destrozó. Sin embargo, era notable que la pared de enfrente, que estaba muy cerca, no estuviera salpicada también.

—De seguro habrá notado, Lestrade, el detalle de que falta la sangre que debía haber saltado hacia el frente— dijo Holmes con la boca tras un pañuelo debido al olor insoportable, mientras examinaba en cuclillas el cuerpo del hombre.

—Sí, lo notamos, pero no nos ha parecido un elemento muy importante. Por ahora, lo que buscamos es el arma asesina y el móvil, aunque parezcan estársenos escondiendo.

—¿Y no se le ocurrió que las dos cosas que busca pudieran ser sólo una?

Por toda respuesta, Lestrade dedicó una mirada incrédula a Holmes, quien al notarla sólo se encogió de hombros con una expresión de malicia, como diciendo "bueno, lo intenté". Después echó un ojo al papel de los jeroglíficos y se volvió hacia Lestrade.

—¿Dónde está el trapo con el que limpió el piso el asesino?

—Lo lavó en el grifo de la cocina. Apenas y quedó un resto sanguinolento en el desagüe.

—Hemos terminado aquí, Watson. Vamos afuera.

Sherlock Holmes revisó minuciosamente cada pulgada del jardín y el pasillo de arcilla, y a mí, que creo conocerlo, me pareció que no había encontrado nada nuevo que aportara algo a la investigación. Sin embargo, me llamó la atención que Holmes hiciera que yo me agachara para ver las huellas del hombre descalzo. No entendí la importancia de ese gesto.

—Así que, mi estimado Lestrade, tenemos a un asesino excursionista que desapareció dentro de la casa— dijo Holmes, bastante serio.

—Sinceramente no sabemos qué le pudo ocurrir a ese hombre. Las botas tampoco están ahí dentro.

—¿Y el hombre descalzo?

—No se me ocurre ninguna explicación más que la de que era alguien que estaba ahí durante el crimen, quizás escondido, y que huyó despavorido después de éste. Ya ve que en las huellas hubo mayor presión en la punta de los pies, lo que indica que el hombre iba corriendo.

—O bien, que iba de puntillas evitando los charcos helados de la noche— contestó Holmes, sonriente.

—Esa me parece una idea bastante fantasiosa— contestó Lestrade, algo molesto.

—Bien, Watson— dijo Holmes volviéndose a mí —Creo que no hay nada más que hacer aquí. Mister Lestrade, estaremos a su disposición cuando sea necesario. Sólo una pregunta más. ¿Vio alguien un coche frente a la casa la noche del crimen?

—Ahora que lo dice, sí. La vecina quejosa lo nombró. Pero le recuerdo a usted que la calle es muy transitada.

—¿Uno de uso pesado, quizás?

—Sí, no era un coche común de alquiler .

—Excelente. Nos vamos, y espero tener noticias pronto, Lestrade.

—Pues bien, Watson— dijo Holmes una vez arriba del coche de alquiler —todo marcha perfectamente.

—Confieso que no veo qué es lo que lo tiene tan satisfecho. No pude dar con una sola salida lógica de este problema.

—Vamos, Watson. Es elemental. Sólo ha sido una pequeña cadena de razonamientos. Indudablemente tenemos la ventaja sobre Lestrade, pues por una asombrosa coincidencia entre el caso de su enfermo y el que nos ocupa ahora, sabemos más que él. Ya ve que hacía usted mal en creer que su problema desmerecía frente a éste.

"Nosotros— continuó —sabíamos que las calcas se habían hecho a partir de una piedra. Eso estaba claro, y fue lo primero que busqué dentro de la casa, a pesar de que Lestrade ya la había registrado. En un principio, dado el tamaño del papel que nos facilitó su *salvaje*, pensé que era de pequeñas proporciones, pero al ver la calca inconclusa del hombre muerto concluí que por lo menos es una laja de más de tres pies de altura por dos de ancho. El hecho de que el hombre estuviera calcando la parte de abajo al morir es concluyente.

—¿Por qué?

—Porque tuvo que adoptar una posición incómoda para evitar que se le moviera el papel y al mismo tiempo terminar con la calca. Esto hizo que él se tumbara boca abajo frente a la lápida y extendiera los brazos hacia adelante para lograr su tarea. Como ve, es en esa posición como le hemos encontrado muerto. Con toda seguridad el otro hombre, el de las botas, hablaba con él mientras paseaba por toda la habitación. Tuvieron que estar discutiendo algo importante respecto a la piedra, porque el hombre de las botas, parándose a un lado del otro, separó la lápida de la pared en que estaba recargada y la dejó caer sobre la cabeza del hombre, para luego llevársela.

—Eso suena lógico, Holmes. Pero, ¿y el hombre descalzo, mi *salvaje*, como usted lo llama?

—¿Pero es posible que aún crea, Watson, que su *salvaje* es el mismo hombre descalzo de la escena del crimen? ¡Válgame Dios, de nada sirvió que le hiciera ver con detenimiento sus huellas!

—Sólo vi un pie descalzo— contesté, algo indignado.

—¡El tamaño, Watson, el tamaño! Usted mismo afirmó que su hombre era pequeño. ¿Me quiere hacer creer que ese pie tan grande pertenece a su *hombrecito*?

—Tiene razón— asentí, apenado —Entonces, ¿de quién era el pie del pasillo?

—¡Ah! de alguien muy precavido o muy forzado por la situación. Personalmente me inclino por la segunda alternativa.

—Seguimos sin saber quién era.

—No, Watson. Este asesino, el hombre de las botas, tiene bastante sangre fría y la piedra debe ser muy rara y valiosa para haber hecho lo que hizo. Quedamos, pues, en que el hombre caminaba por la habitación. No creo muy aventurado decir que hablaba con el copista acerca de la venta de la pieza a algún rico coleccionista o anticuario de esos tan de moda en estos días. No llegaron a un acuerdo, y en medio de la discusión, el hombre de las botas se puso a un lado del otro y le dejó caer la piedra encima. No calculó bien su obra, pues sus botas, ni duda cabe, debieron haber quedado instantáneamente rociadas de sangre al igual que la parte baja de la lápida, que estando sobre el suelo, impidió que se manchara la pared de enfrente. ¿Hasta aquí, todo encaja?

—Perfectamente—contesté, admirado—¿Insinúa entonces que el asesino se quitó las botas después?

—Desde luego. Después de matar a su interlocutor, no pudo caminar más por la habitación sin dejar un rastro sangriento con sus propias suelas de montaña. Eso explica que lo haya limpiado

todo tan minuciosamente. Debe ser un hombre de fuerza excepcional, porque después tomó la piedra bajo el brazo (en el otro llevaba las botas, a menos que las haya amarrado y colgado al cuello) y salió, no corriendo como dice Lestrade, sino a hurtadillas sobre los charcos helados, como se lo hice notar en tono de broma. Metió la piedra al coche y huyó.

—¡Espléndido!— exclamé, emocionado —Lo que aún no entiendo es el interés en calcar los jeroglíficos.

—No puede estar más claro. Si lo que intentaban era vender la piedra, era imposible que anduvieran cargándola así como así por toda la ciudad. Era más sencillo presentar un facsímil a los posibles postores ¿No cree? Ahora mismo, si no es que alguien la ha comprado ya, debe estar promocionándose calladamente en el mercado negro de antigüedades de Londres. No será difícil echarle el guante al asesino. Pero mucho me equivocaré si no nos cuesta todavía algún trabajo averiguar la conexión entre el *salvaje*, los jeroglíficos y lo que acabamos de ver.

Pasaron algunos días sin que yo tuviera noticias de Holmes. Había vuelto a dedicarme a mi clientela y seguía cuidando del enfermo personalmente. Los ataques habían pasado y las fiebres eran cada vez menos intensas, pero él seguía en un estado de debilidad absoluta. Apenas probaba los alimentos que le llevábamos; les echaba una mirada en el plato, como queriéndolos reconocer, y luego los apartaba. Confieso haberme desesperado ante esta situación, agravada por la total falta de palabras. El hombre nos miraba con recelo, aunque pude captar en sus ojos un destello de agradecimiento por no haberle dejado morir. Y una tarde, saliendo de revisar a mi enfermo, llegó a mis manos un telegrama de Holmes. El tono no era urgente, y decía:

Watson, le espero a desayunar mañana. Noticias. S.H.

Toqué la campanilla de Baker Street a eso de las nueve de la mañana. Holmes me esperaba sentado a la mesa y lo vi llenando algunas formas del telégrafo que entregó a *mistress* Hudson para el mensajero las mandara de inmediato.

—¡Ah, Watson! Es bueno tenerlo por aquí— exclamó —todo se ha quedado muy solo desde que se fue ¿sabe? Debe usted ayudarme algún día a ponerlo todo en orden. Hace falta su presencia para hacer de este lugar un sitio más habitable.

—Sin duda, así es— contesté, mirando que en unos pocos días el aspecto de las habitaciones era aún más descuidado que la última vez.

—Pero siéntese y acompáñeme. Eso es. Espero que no le sea muy molesto volver a sus antiguas costumbres culinarias en esta casa, Watson.

—Claro que no. Y dígame, ¿cuáles son las noticias, Holmes?

—Recuerde, Watson, que hay que comer primero para pensar después, aunque no sea yo el mejor exponente de esta máxima. Veremos el asunto más tarde mientras fumamos un poco.

Holmes habló ininterrumpidamente durante el desayuno acerca de los temas más extraños. Era raro encontrarle de un carácter tan animado, así que le dejé hacer por más de una

hora. Luego, al terminar de comer, se levantó y se tumbó en su sillón para encender calmadamente su pipa. Después de unos minutos en silencio, dijo:

—Hay veces, Watson, que un paseo en tren y luego por los muelles resulta vivificante.

—¿Anduvo usted por ahí? ¿Qué nuevo caso se trae entre manos, Holmes?

—¡El *suyo*, claro está! Le dije que aún nos iba traer algún trabajo.

—¿Y qué hacía usted en los muelles?

—Buscar, Watson. Su *salvaje* tuvo que venir de algún lado y me tomé la libertad de averiguar de dónde.

—¿Lo sabe ya?

—Sin duda. A pesar de no haberle visto aún, confié en que usted sabría distinguir a un nativo de la India.

—Podría jurar que el hombre no viene de allá.

—Lo sé. Por eso, al revisar las listas de los navíos que han llegado en esta última semana, descarté los provenientes de la India. De haber sido este hombre de esos lugares, sus lingüistas lo sabrían por sus palabras. No fue así, lo cual es de llamar la atención. ¿De dónde vino, pues? Pues muy probablemente de ultramar, y con ello podemos descartar Australia, ya que los nativos de esas latitudes no se parecen en nada a lo que usted describió, y, nuevamente, los lingüistas lo habrían reconocido. Como ve, la lista de procedencias probables se reduce muchísimo. Eso fue lo que llamó mi atención a ese barco procedente de México.

—¿De México?

—Ni más ni menos. El barco llegó aquí justo la mañana del día en que usted cree que el *salvaje* se lanzó a las calles. Y esa misma noche sucedió el asesinato en Abbey Road.

—¡Excelente, Holmes! ¿Y cuál era la carga del barco?

—Eso sí nadie lo sabe. Los peones del muelle sólo cargaron pesadas cajas de madera y se les pidió gran cuidado pues su contenido era muy frágil. Lo único que pude verificar es que se trataba de una especie de misión diplomática, o algo parecido, y por ello era el mutismo de las autoridades del muelle. Entre los trabajadores circuló el rumor de que el barco volvía de una expedición.

—¿Y en qué puede servirnos toda esta historia?

—En mucho, Watson— dijo Holmes, como si se armara de paciencia —Por ejemplo: Uno, sólo un expedicionario recién desembarcado usaría en Londres unas botas de montaña tan poco comunes en la ciudad. Dos, si el *salvaje* proviene de México, es justo aceptar que no sabemos mucho de los indígenas de ese país y que, por tanto, no nos sería reconocible su lengua o su aspecto. Y por último, dado que la extraña escritura no proviene de la India ni de Egipto, según lo constatan mis enciclopedias y el excelente tratado del Dr. Thomas Young, sólo queda que provengan de América, y en este caso, de México. Además...

No terminó de hablar, pues *mistress* Hudson estaba tocando a la puerta después del campanilleo que habíamos escuchado durante la explicación de Holmes.

—No esperamos a nadie, *mistress* Hudson. ¡Ah! se trata de una tarjeta. Haga usted entrar a Míster Maudslay, no queremos pasar por unos groseros.

Entró a la habitación un hombre delgado pero fuerte, de unos cincuenta años, mirada penetrante y seria, bigote recortado y partido por la mitad, pero con un aire de desesperación que le restaba algo de su energía. Restregaba su ajado sombrero entre las manos y nos miraba intermitentemente. Al fin, hizo sonar su lastimosa voz sin saber a quién de nosotros dirigirse.

—Discúlpeme, míster Holmes, por venir sin aviso alguno. Le aseguro que estoy desesperado.

—Adelante, Mr. Maudslay— le dijo Holmes, ofreciéndole una silla —Siéntese. Aparte de contarnos de sus largos viajes por el trópico y el océano y de no haber ido a casa en los últimos días ¿quisiera calmarse y decirnos qué lo trae por aquí?

Evidentemente el hombre, quien lucía desaliñado, con un bronceado fuera de lo normal en un británico y una barba de al menos una semana, estaba desconcertado ante las rápidas deducciones de Holmes. Sin embargo, se repuso rápidamente y comenzó a hablar sin perder tiempo.

—Recurro a usted como mi última esperanza, míster Holmes— dijo el hombre tomando un poco de aire —Mi nombre es Alfred Percival Maudslay, y no me extrañaría que ustedes no hayan oído hablar de mí, puesto que llevo varios años fuera de Inglaterra. Soy explorador y en los últimos tiempos he gastado buena parte de mi fortuna, con el apoyo de nuestro gobierno, en viajar por lugares tan recónditos y agrestes de América central que son difíciles de imaginar— Sherlock Holmes y yo volteamos a vernos, algo sorprendidos —Pues bien, llevo nada menos que catorce años remontando los ríos más caudalosos y traicioneros y caminando por las selvas más insalubres de Centroamérica en busca de las ciudades y restos de civilizaciones hoy olvidadas. He visto cosas maravillosas, míster Holmes, enormes cementerios, templos y acrópolis que harían palidecer a Pompeya y Atenas, ciudades enteras devoradas por la selva y derruidas por el desgastante paso de los siglos, joyas labradas por manos prodigiosas que le quitan a uno el aliento. Todo lo que pueda decirles, señores, es poco, pues las enormes selvas de México y sus países vecinos guardan aún sus más preciados tesoros para aventureros más osados.

Mr. Maudslay contaba esto con tal vehemencia que seguíamos su relato con el más vivo interés. El hombre se había transformado frente a nosotros olvidándose momentáneamente de la desgracia que lo traía a nuestras habitaciones y apenas se le veía tomar aliento entre frase y frase.

"Quiso la providencia —continuó— que me encontrara con un eminente científico del Instituto Nacional de Guatemala, el profesor Rockstroh, quien me describió una ciudad perdida a la orilla del río más caudaloso de México. Como comprenderán, no quise perder la oportunidad de verla con mis propios ojos. Contraté el personal necesario para la expedición, me hice de un confiable guía mestizo que hablaba la lengua maya —que es el nombre de la raza de gente que habita y habitó esas selvas— y partimos a la nueva aventura. El río Usumacinta es inmenso, con corrientes superficiales y traicioneras que le dan un aspecto revuelto todo el año.

Varios días después llegamos a nuestro destino. La ciudad, que bauticé con el nombre de *Menché Tinamit*, se encuentra a orillas de un arroyo tributario cuyo nombre es *Yalchilán*. Es un lugar magnífico, de una espesura sobrecogedora. A nuestro paso todo estaba vivo. Cerca del sitio entablamos contacto con algunos aborígenes paupérrimos y aislados. Mi gente los llamó "Caribes", pero ellos se hacen llamar Lacandones. Son gente extremadamente reservada que vive en la selva y raramente se mezcla con otras tribus. Sin embargo, fuimos muy bien recibidos y sirvieron de mucho en la exploración de las ruinas, que tienen una enorme extensión. Fueron tan amables que incluso yo tomé a uno de ellos, de nombre *Ab Kin*, bajo mi protección, prometiéndole que vería mi propia tierra y que le tendría como a un hijo mío. Su familia aceptó y él vino conmigo a Inglaterra pero ¡Es tan indefenso! ¡cómo quisiera saber su paradero ahora!— y al decir esto, Mr. Maudslay se tapó el rostro con las manos y sollozó fuertemente para luego tranquilizarse y continuar su relato:

"Perdonen ustedes. Decía que las ruinas eran inmensas y muy hermosas. Encontramos varios edificios en buen estado e instalamos el campamento en uno de ellos. No he pasado mejores noches en mi vida, ni jamás he visto más estrellas. Hasta los rugidos de los monos aulladores lo hacen a uno llenarse de admiración. Aquella civilización había sido magnífica, míster Holmes. Había inscripciones jeroglíficas por todas partes, estelas derribadas y dinteles labrados que parecían estar hablando por sí mismos. Ahí yacía el arte y la ciencia de un pueblo olvidado del cual sus descendientes no son sino un triste remedo. Los pobres Lacandones sienten una admirable veneración por esas ruinas; incluso aún ofrendan incienso y hacen sacrificios en los templos derribados sin conocer su pasado o saber siquiera el contenido de las enigmáticas inscripciones. Es la triste realidad de esas gentes. Y una vez explorada y registrada la ciudad gracias a la invaluable fotografía y los conocimientos de *Monsieur* Charnay, eminente viajero con quien tuve el honor de coincidir en la ciudad de Menché, dimos por terminada nuestra expedición. Tengo escrita una descripción de tan soberbio lugar y espero publicarla muy pronto.

"Sabe usted, míster Holmes, que a los exploradores como yo nos mueve una profunda curiosidad científica. Hemos dejado atrás el papel de anticuarios y tratamos de lograr la conservación del arte antiguo, aunque éste se aleje de los criterios estéticos con que fuimos formados. Consideré una verdadera lástima dejar toda esa riqueza en el estado lamentable en que se encontraba. Piénselo, probablemente ya no existiera cuando volviéramos, si es que volvíamos. De este modo, mandé desprender algunos de los dinteles más bellamente esculpidos y di la orden de aserrarlos para aligerar su peso y facilitar su traslado hasta Inglaterra.

—Entonces— dijo Holmes frunciendo el ceño en señal de desaprobación —lo que usted hizo fue robar piedras en aras de la cultura universal ¡Vaya que es usted generoso!

Míster Maudslay enrojeció vivamente y sus ojos se inyectaron de sangre, presa de la indignación. Se levantó con violencia y encaró a Holmes, quien permaneció impassible.

—¡No he venido a que me insulte!— gritó —No es mi culpa que mediante simples arreglos diplomáticos México haya cedido a Inglaterra tan invaluable tesoros. Si ellos no pueden

proteger tan magnífico patrimonio, es nuestro deber como nación más desarrollada conservar testimonios de tal importancia. ¡Aquí, esas piezas recibirán el trato que se merecen!

—Sí, el de ser robadas en sus narices y llevadas a colecciones privadas donde nunca verán la luz de la ciencia, ¿verdad? Sin duda ahora querrá usted que lo ayudemos a recuperar tan fatídica pieza y a su pobre indígena extraviado.

El hombre pareció perder todo su aplomo y se vino abajo sobre su asiento.

—¿Está usted al tanto?— dijo, profundamente afectado —¡Dios mío, esto es vergonzoso! El Museo Británico ha aportado grandes cantidades por poseer en sus vitrinas semejantes tesoros, y ahora *todo mundo* sabe que se han perdido en parte. ¡Es mi ruina! En unos cuantos días he perdido a mi protegido, a mi asistente y mano derecha, Mr. Stevenson, y una escultura de valor incalculable. Estoy acabado.

Holmes dio una fumada larga a su pipa y se acomodó en su sillón, demostrando la más increíble serenidad. Luego, tras escuchar que sonaba abajo la campanilla, se levantó de un solo tirón. Se oyeron los pasos firmes de alguien que subía lentamente las escaleras.

—Ahí llega mister Herbert Stevenson, creo yo. ¿Le suena conocido el nombre, mister Maudslay?

—Es usted un mago, mister Holmes. En efecto, ese es el nombre completo de mi asistente perdido ¿cómo lo supo usted?

—Yo en su lugar no emplearía a un asesino de su calaña, señor. Watson, Haga el favor de sacar su revólver, Mr. Stevenson no es alguien en quien podamos confiar, y debido a su tamaño quizás sea necesario hacer uso de la fuerza. Haga usted el favor de abrir la puerta.

Así lo hice, y para mi sorpresa, me encontré frente a un verdadero gigante. Cualquiera hubiera podido dilucidar que se trataba de un explorador. Su rostro estaba endurecido por el exceso de sol, portaba un traje completo color caki y unas botas enormes con suelas de tracción. En un momento pudimos ver que su rostro se transformaba ante la vista de mister Maudslay y de nuestros revólveres. Hizo el ademán de huir por las escaleras, pero ya nos tenía encima. Aún así luchó furiosamente hasta verse doblegado por la fuerza y las esposas de Holmes y sentir el cañón de mi revólver en su cabeza. Holmes sacó del bolsillo del gigante un papel en el que se apreciaban algunos jeroglíficos calcados y lo extendió frente a nosotros. Justo en ese momento volvió a sonar la campanilla de la calle.

—¡Ah, el inspector Lestrade, siempre tan oportuno!— dijo Holmes, recuperando el aliento y la sonrisa —Mister Maudslay, desconfíe en lo futuro de Mr. Stevenson, si es que el tribunal no lo sentencia a la horca. No le será difícil recuperar su dintel perdido, pues yo, su anónimo comprador, decidí cambiar los términos de la transacción con este individuo en el último instante.

Mr. Maudslay no salía de su asombro. Sus ojos estaban clavados en los del gigante ahora indefenso en el suelo.

—¡Stevenson!— gritó, empalideciendo —Yo le brindé toda mi confianza ¿Es así como me paga ahora? ¿Qué hizo usted con *Ab Kim*, miserable? ¿Le ha matado también? ¡Hable, hable por Dios!

La ruda voz del explorador retumbó entonces con fuerza en la habitación, sacudiéndonos. Hasta ese momento no le habíamos escuchado decir una sola palabra, y su expresión de ira impotente hizo más impresionante su reacción.

—¡Nada sé yo de su maldito indio, Maudslay! Si es que aún vive, cosa que creo poco probable y que no deseo, andará por las calles con la primera calca que intenté hacer de la estela, aún en el barco. Ese estúpido fanático trató de impedir que me llevara la piedra. A pesar de haberle golpeado yo mismo, pude verle después corriendo tras el coche, gritando no sé qué en su estúpida lengua, y le perdí por fin.

—Qué mal hice en traerle a Londres, Míster Holmes. ¡No me perdonaré nunca si algo le ha sucedido!— dijo Maudslay, perdiendo las fuerzas y casi al borde de las lágrimas.

—Estoy seguro, Mr. Maudslay— contestó Holmes, poniendo su mano en el hombro del demacrado viajero —que sin duda su protegido le espera ansioso en casa del buen Watson. No estaría de más que le hiciera aprender un poco de inglés. Ea, Lestrade, ¡Llega justo a tiempo! qué bueno que hizo caso de mi telegrama. Le presento a su asesino fantasma, el explorador de Abbey Road.

A pesar de la rapidez con que mi amigo Holmes pareció dar con la solución al problema de los jeroglíficos calcados, a mí se me escaparon todavía algunos detalles esenciales, que después pregunté sin escrúpulo alguno.

—Fue simple, Watson— me contestó con una sonrisa de satisfacción —el hombre descalzo tenía que ser el mismo de las botas de tracción. La talla de sus pies lo delató. Sin duda formaba parte de la expedición, porque de otro modo, ¿cómo hubiera sabido del valor de la escultura? El tamaño del hombre era obvio también, Watson. Ya le tengo dicho que es posible calcular la estatura de alguien a partir del tamaño de la huella de sus pies, y él tenía que ser alguien enorme para cargar con la piedra del modo que lo hizo. A partir de esos datos, y con la convicción de que lo que él intentaba era vender la pieza, me di a su búsqueda en los barrios bajos. Recordará usted que en esos días no supo usted de mí. No fue difícil encontrar a Stevenson, y usted mismo me vio escribir el texto del telegrama que lo citaba en Baker Street para negociar la piedra. Convencido de que lo tenía en mis manos, telegrafíé también a Lestrade.

"Por lo demás, Watson, la visita inesperada de míster Alfred Percival Maudslay sólo vino a aportar los pocos datos que hacían falta y nos dio una instructiva lección: Muchas veces es mejor que las cosas permanezcan en el lugar al que legítimamente pertenecen aunque con ello se obstaculice el avance de la ciencia y la cultura universal, de las que nuestro país parece sentirse tan responsable.

Arqueología del armario

Una vez muerta la abuela puede iniciarse la investigación. Un arqueólogo comprometido y responsable tendrá a la mano toda la información necesaria para lanzarse al área de actividad; es decir, habrá previamente reconocido el terreno de exploración, ya sea porque en él pasó muchas aburridas tardes de su infancia, o porque las referencias documentales obtenidas en pláticas de sobremesa fueron lo suficientemente enigmáticas como para interesarlo en la reconstrucción del pasado.

La casa estará cerrada o —en el peor de los casos— custodiada celosamente por algún pariente cercano que espera la lectura del testamento y que no desea que ningún objeto valioso salga del área. Esto no debe ser un obstáculo para el explorador; por el contrario, éste deberá tomar todas las previsiones para evitar que su trabajo se retrase, y por tanto un permiso firmado por la familia o una incursión furtiva serán deseables. Justo es decir que no deberá esperarse ningún tipo de colaboración. El trabajo deberá ser atacado con una definida idea de soledad y con recursos propios.

Mochila al hombro y llave en mano la faena dará inicio en el momento planeado. Es esa curiosidad infinita la que llevará al arqueólogo a hacer rechinar la cerradura que lo llevará a lo desconocido abriéndole paso a la zona de dispersión delimitada, extrañamente, por paredes sólidas y en buen estado de conservación. De inmediato el olor a tiempo encerrado se alojará en su nariz causándole una excitación difícil de describir.

Las emociones comienzan con el recorrido de superficie, período durante el cual se recabará la mayor cantidad de datos visuales y se recogerán restos del asentamiento que puedan proporcionar direcciones hacia la zona de mayor relevancia para la exploración. Entonces aparecerán esos vetustos muebles del ajuar doméstico, forrados ajustadamente con plástico transparente —lo que causará la impresión de que existió en su propietario un afán de conservación, o bien, una inesperada conciencia histórica— objetos de uso cotidiano cubiertos de polvo y quizás indicios de hábitos y costumbres de los antiguos habitantes.

A falta de jeroglíficos e inscripciones que ayuden a reconstruir el linaje y la historia de estas personas, el arqueólogo deberá tratar de averiguarlo mediante una minuciosa inspección de las copias de títulos profesionales, recuerdos y fotografías (generalmente *caritas* coloreadas a mano) que colgarán de las paredes o estarán distribuidas simétricamente sobre el piano y que ostentarán una indefectible capa de telarañas. La fotografía del lugar y el trazado de bosquejos y mapas serán aliados invaluable en estos momentos para la obtención de un primer inventario de los artefactos y su localización original en el entorno; para cualquier visión debidamente entrenada estos objetos serán la clave para la reconstrucción de un *modus vivendi* extinto.

Sin embargo, el estudioso pronto se dará cuenta de que los datos obtenidos durante el primer escrutinio resultarán insuficientes, que aunque cada rincón del depósito se encuentre lleno de restos de interés, la información será incompleta. Esto lo conducirá sin duda a la hipótesis de que existen otros lugares aún ocultos a la vista que esperan pacientemente su

intervención para develar sus misterios, sitios expresamente utilizados por los primitivos moradores para almacenar y proteger lo que les pareció importante en su momento.

La topografía del área de estudio no será muy complicada, desde luego. Será notorio el hallazgo de una nivelación acuciosa y un útil aplanado primigenio del suelo que datará de un tiempo no muy lejano. Esto resultará ser una gran ayuda para el osado arqueólogo quien, incluso, podrá evitar las excavaciones. El momento de la verdad se acercará cuando penetre en lo que él considere el aposento principal del edificio, que encontrará en absoluto orden aunque con algo de polvo. Sabrá de la importancia del sitio cuando vea sobre la pared donde se encuentra el altar de sacrificios (que después identificará plenamente como una cama) un crucifijo con un Cristo desollado y sangrante del que pende un rosario de cuentas transparentes.

Quizás alentado por sus avances, y en un momento de sublime suspicacia, descubra que una de las paredes del cuarto no es del mismo material que las otras. Se encontrará entonces, extasiado, frente a una estructura móvil de madera que además sonará hueca ante los sutiles golpes de sus nudillos. En un instante que él querrá guardar para siempre en su memoria, sus dedos se posarán sobre las asideras herrumbrosas y correrán las puertas sobre sus rieles para mostrar el contenido de esa inestimable cápsula del tiempo que para entonces su intelecto habrá reconocido como la coronación de todos sus esfuerzos: un invaluable armario.

Ahora bien, es muy posible que la capacidad de asombro del arqueólogo quede rebasada ante el cúmulo de artefactos ahí dispuestos, mismos que le plantearán un sinnúmero de nuevas dudas y resolverán misterios casi centenarios. Muy probablemente intente comenzar removiendo los restos de la primera capa estratigráfica, evitando así el desplome de las estructuras y la pérdida de ese extraño orden que guardaron originalmente los residentes. Asombrado, pondrá al descubierto una acumulación de cajas de cartón con motivos floreados e impresos en colores que irán del pastel al ocre, todas aún intactas, y esclarecerá por fin ese arcano familiar que tanto le intrigaba: por qué la abuela pedía siempre que le llevaran una caja de *Kleenex* cuando la visitaran. El investigador tomará apuntes y registrará sus hallazgos en una libreta de tránsito bastante ajada antes de remover los objetos y adentrarse en la siguiente capa, que no será sino una serie de cajones que debido a su peso y aspecto desbordado lo llenarán de expectativas y curiosidad. En un momento habrá deslizado hacia afuera el primero de ellos y lo pondrá sobre el suelo. La riqueza y diversidad de objetos ahí hacinados pondrán lágrimas de felicidad en sus ojos, y él querrá entonces tener con quién compartir la profunda emoción que sus logros le causan, pero se verá solo, aislado de todo contacto humano moderno que pueda brindarle una sonrisa, un abrazo, una felicitación siquiera.

Tras varios días de incursiones en la zona, el hombre comprenderá la vida solitaria del arqueólogo; mirará su efigie desgastada en un espejo de cuerpo entero medio invadido por la humedad y con un marco de hierro forjado excepcionalmente a mano. Su rostro será entonces otro y apenas podrá reconocerse. La barba habrá comenzado a poblarle la cara y la huella de sus

desvelos y mala alimentación se harán presentes en las crecientes bolsas bajo sus ojos. Pero estará feliz.

Los trabajos seguirán adelante y el encuentro con roídos empastados repletos de imágenes de la antigüedad ampliarán su conocimiento acerca de esos complejos seres que vivieron en tiempos arcaicos. En esas fotografías difuminadas y de bordes garigoleados podrá reconstruir hábitos indumentarios que llegarán a parecerle incluso ridículos: niños vestidos como niñas, hombres de bigotes excesivamente acicalados posando con la mirada puesta en el infinito y con un brazo recargado sobre el capitel de una falsa columna de estilo dórico, gente vestida de charro sobre un fondo en el que fue pintada la ermita de la Villa de Guadalupe o un paisaje al estilo de Velasco. Incluso podrá verse a sí mismo acompañado por sus padres, que lucirán largas patillas, cabellos lacios y prendas floreadas al más puro gusto *hippie*. Se habrá encontrado por fin, confirmará su origen y estará pensando en la redacción de su informe con la preocupación de no ser demasiado autobiográfico. Pero se verá abrumado ante la realidad de esa incomprensible y ecléctica acumulación de cosas. Tendrá muy claro que no se encuentra estudiando un antiguo basurero (como en tantos otros casos) y llegará a la conclusión de que la zona en cuestión tuvo la función de una especie de centro ceremonial sobre el cual confluyeron innumerables tributarios. También se le ocurrirá que el personaje principal de esa estructura habitacional —situado socialmente en lo alto de un inobjetable sistema matriarcal— recibía presentes de viajeros y naciones lejanas; eso explicará la riqueza de materiales culturales tan diversos hallados sin orden aparente (el llavero de la torre Eiffel yace a un lado de una postal de Tonicato y del cenicero acrílico que encierra un alacrán de Durango).

Para entonces, todavía sin poder completar su investigación, el fatigado arqueólogo estará siendo presionado debido a la ya efectuada lectura del testamento de la abuela y el agotamiento de recursos monetarios; se habrá enfrentado a varios intentos de saqueo por parte de inconscientes buscadores furtivos de riquezas, resultando herido —aunque sea en el orgullo— en por lo menos uno de los casos. Su ambiente de trabajo lucirá por entonces completamente alterado por manos codiciosas y sin gota de respeto, se sentirá incomprendido y menospreciado, no tendrá el completo registro de lo que vieron sus ojos; nadie le creará sin pruebas. Y después se enterará de que la abuela no le ha dejado nada y que su trabajo sólo habrá servido para inventariar los objetos por los que sus parientes, pasando sobre él y sus hombros caídos, pelearán encarnizadamente.

La Lámpara de Diógenes

Muchos años tomó a Hans Aldricht dar con la tumba de Diógenes el Cínico. Después de revolver manuscritos y revisar a conciencia el Tratado *De las vidas y opiniones de los filósofos más ilustres*, del historiador homónimo Diógenes Laercio, quedó convencido de que en Corinto, la antigua ciudad del Peloponeso, yacían los restos del filósofo. Las excavaciones tuvieron lugar entonces en una antigua necrópolis situada a unos cuatro kilómetros al Suroeste de la actual ciudad, donde un buen día, perdida entre una gran infinidad de tumbas anónimas, apareció la ansiada lápida. Grande fue el entusiasmo de Aldricht al descubrir sobre ella la estatua semi derruida de un perro de mármol, tal y como se describía en las crónicas. Sin embargo, los restos de Diógenes habían desaparecido; la tumba parecía haber sido violada y destruida en un tiempo no precisado. A pesar de la mala noticia, los trabajos arqueológicos en el cementerio no se detuvieron. Pocas horas después, Aldricht y sus colaboradores encontraron los fragmentos de una pequeña estela grabada en el fondo de la fosa.

Tras semanas de concienzuda labor el mensaje fue rescatado casi íntegro. Se trataba de una detallada semblanza del filósofo (a quien el autor apodaba "el hombre de la lámpara") y de su estrafalaria vida, con la cual fue posible dar crédito a una gran cantidad de anécdotas y reconstruir algunas de sus ideas. Pero lo que más llamó la atención de Hans Aldricht fue que en la estela se especificaba el lugar en el que Diógenes había vivido durante el tiempo en que enseñaba al pueblo. Tomó conciencia de que en sus anteriores exploraciones en las ruinas de Atenas había estado sobre los mismos lugares que Diógenes pisara cuando todavía era un necio alumno de Antístenes y predicaba con el ejemplo de su persona y de sus actos en las plazas públicas, los pórticos del templo y el gimnasio. A Hans le vino entonces a la memoria la descripción que hiciera un tal Spandidaki de los hallazgos en un suburbio Ateniense, donde hipotéticamente Antístenes arengaba, cuya localización concordaba fielmente con los datos de la estela. A la luz de estas revelaciones los ojos de Aldricht brillaron intensamente; su rostro se transformó al grado de que a sus colaboradores les pareció un desconocido. Sin aviso alguno, el arqueólogo abandonó las excavaciones en Corinto y se dirigió a la capital con una idea que parecía obsesionarlo. Se recluyó por meses en las bibliotecas y archivos, memorizó el informe de Spandidaki, tramitó los permisos para reabrir las ruinas de *Cinosargo*¹, y él mismo, junto a un gran número de colaboradores, comenzó la exploración.

Diógenes el Cínico fue un hombre que siempre prefirió el aislamiento; sin embargo, su predicación lo forzaba a estar continuamente entre las multitudes que despreciaba. Era un hombre estudioso y convencido de sus fines cuya filosofía consistía supuestamente en la sencillez y la paciencia. Pasó su vida errando, envuelto en ropajes harapientos, comiendo gracias a la caridad que su aspecto despertaba entre los ciudadanos y cargando un saco mugroso

¹ Cinosargo era el lugar donde Antístenes enseñaba; el título de "cínico" le fue dado a él y a sus alumnos por esta causa. La connotación actual de la palabra *Cínico* proviene del comportamiento contradictorio de estos hombres.

a sus espaldas. Ni el frío de la nieve lo obligaba a usar calzado alguno. “No consiste la desgracia en vivir” —decía— “sino en vivir mal”². Se dice que la única pertenencia que llegó a tener en aprecio era una gastada lámpara de aceite con la cual, a plena luz del día, gustaba pasearse en los lugares más concurridos alumbrando a quien pasara en busca de un “hombre verdadero”, sin mayor resultado que el de encontrarse a sí mismo, solo, en todos los casos. La gente llegó a odiarle por su hipócrita soberbia. Vivía en un tonel de piedra, ajeno a las comodidades, y llegó a ignorar al mismo Alejandro Magno, quien en alguna ocasión le buscó tratando de obtener algún consejo. Diógenes proclamaba abiertamente ser el único poseedor del Conocimiento y Ciudadano del Universo. Hacia el año 327 a.C. su cuerpo fue encontrado en un basurero. Las crónicas dicen que inútilmente se buscó entre sus pertenencias la lámpara. Todo parece indicar que vagó hasta ese lugar después de haber sufrido la mordedura de un perro rabioso, lo que explica, quizás, su mueca y el cuerpo retorcido que eran sus restos y la configuración de su tumba.³

El 14 de octubre de 1964 Hans Aldrich halló en *Cinosargo* algo que lo hizo sentir un fuerte estremecimiento. En una esquina de la excavación, en lo que parecía haber sido una especie de callejuela, apareció un inmenso recipiente cilíndrico tallado en un monolito. Su volumen fácilmente hubiera podido dar cabida a un hombre; la cavidad estaba pulida cuidadosamente y no presentaba grietas ni despostilladuras. Sin embargo, estaba vacío. Hans no se dio por vencido y lo sacó a la luz por completo para hacerle un análisis detallado. Los trabajadores no daban crédito a sus ojos cuando veían que Aldrich le daba vueltas y vueltas a la enorme piedra, poniendo su mano en la barbilla y tratando de desentrañar algún misterio desconocido. El arqueólogo dedicó varios días y noches al estudio del tonel; no comía y apenas bebía lo suficiente para seguir en sus cavilaciones. Su aspecto físico y su arreglo personal se fueron deteriorando y no dejaba que nadie aparte de él examinara el hallazgo.

Finalmente, cuando una noche varios hombres de la cuadrilla se le acercaron preocupados por su salud, inquiriéndole sobre su comportamiento frente a aquella aparente nimiedad, Aldrich, furioso, los reprendió y los sacó del lugar a puntapiés. Se le oyó entonces murmurar con insistencia : «¡Ignorantes! no pueden darse cuenta. Sólo yo poseeré la verdad, sólo yo». Al día siguiente, hacia el mediodía, un trabajador logró furtivamente asomarse al recipiente y llamó a Hans Aldrich. Le hizo notar que parecía que el fondo del cilindro no formaba parte del todo de la pieza y que tal vez valiera la pena tratar de removerlo. Hans se lanzó entonces adentro y comenzó a cincelar ansiosamente. Después de un rato le fue posible descubrir que el recipiente contaba en verdad con un doble fondo. Los trabajadores se apretujaban para asomarse al interior del tonel y un fragmento del fondo mostró un burdo grabado, en caracteres griegos, con la inscripción "*Diógenes, el Cínico*". Hans Aldrich no podía ocultar su alegría; gritaba enloquecidamente «¡Por fin!, ¡por fin!» mientras paleaba polvo con sus

² Diógenes Laercio, *De las vidas y Opiniones de los filósofos más ilustres*, Casa Didot, París 1852, pág. 147. Para Diógenes el Cínico, "vivir mal" equivalía a dar valor a las riquezas y los bienes materiales que alejaban al hombre de su esencia. Diógenes se consideró a sí mismo, durante toda su vida de *sacrificio*, el único "hombre verdadero".

³ Otra posible explicación para la lápida coronada por una efigie de perro se relaciona con la célebre —y supuesta— frase de Diógenes: "Entré más conozco al hombre, más quiero a mi perro" (N. del T.)

manos. De pronto su movimiento cesó. La expectación era enorme. Hans tomó con sus dedos un objeto metálico abollado y herrumbroso, una lámpara, y la levantó triunfante. Miró a su alrededor. Estaba completamente solo.

La Virgen del Sol

Me pareció de lo más raro volver a escuchar, hacia 1962, un comentario acerca de la Virgen del Sol. Creí que formaba parte de un culto extinto, que era una imagen más bien legendaria y perdida en el tiempo. La crónica más temprana que la nombra, conocida como *Mandato del Sol de Cuetzpala*¹, data de 1624, y después de ella, nada había vuelto a saberse de la Virgen. El *Mandato* es un documento manuscrito cuyo soporte es un papel europeo con marca de agua de la prensa Iñiguez, de Santander, y pertenece a la colección patrimonial de Cuetzpaltenango, población nahua situada en los límites de Puebla y Tlaxcala, en México.

Creo que debo empezar por hablar de la imagen. Según el documento, presumiblemente obra de la mano de Fray Ernesto de Ulloa, la Virgen del Sol apareció milagrosamente en Cuetzpaltenango el año de 1598. El Fraile cuenta que antes de desaparecer durante la revuelta de 1602 la imagen de la Virgen era venerada por los cuetzpaltenanquenses como un emisario del sol. La explicación era el color de su piel y de su cabello. Era completamente blanca, rozagante y rubia. Al menos así lo indica el texto. Lo más extraordinario es que las imágenes traídas en esa época de España no tenían comúnmente estos atributos. Otro hecho, que poco verosímelmente se trata de una coincidencia, es la fecha de su aparición, el 13 de agosto, día del paso cenital del sol en la zona de Cuetzpaltenango.

Resulta difícil pensar que un indio, quien indudablemente nunca habría visto a una mujer rubia en su vida, pudiera crear la pequeña imagen; mucho menos inventar toda una historia de su aparición, tal como se lee en el manuscrito. El hecho es que, a partir de su hallazgo por un campesino en la parte alta de un monte rocoso², la Virgen del Sol fue objeto de todo tipo de reverencias en el pueblo. Al igual que a la Virgen de Guadalupe, se le erigió una pequeña ermita sobre el peñasco. Se le ofrendaban flores, danzas, peregrinaciones y sahumeros. Fray Ernesto, sumamente preocupado por el cariz que tomaban las cosas, creyó necesario moderar el culto, según dice el escrito, y ordenó cerrar la capilla "para evitar que el maligno se posesionara del lugar y los indios volvieran a sus prácticas idolátricas"; en efecto, el *Mandato* expresa que, si bien las ofrendas de flores en un principio mostraban la inocencia y conversión de los indios, pronto se tornaron en actos terribles como la mezcla de sangre humana, obtenida por medio de dolorosos autosacrificios, con el agua de los jarrones. El colmo, dice el relato, vino durante los últimos días que estuvo abierta la capilla. Fray Ernesto había notado ya antes un olor nauseabundo que llenaba el recinto. Movido por la curiosidad, buscó su origen en cada rincón para encontrar que era la misma imagen de la Virgen la que hedía tan despiadadamente. Al levantar el manto de la imagen, el fraile descubrió aterrorizado un corazón humano en avanzado estado de descomposición.

¹ Por un error de transcripción, el documento conserva hoy en su título la palabra "Cuetzpala", versión corrupta del topónimo Cuetzpaltenango, que significa "En el muro de las Lagartijas" (N. del E.)

² Actualmente pueden verse aún los restos de la ermita primigenia en Cuetzpaltenango. Una vereda conduce a ellos sobre el monte de la aparición, conocido como "Cerro de la Atalaya" (N. del A.)

La capilla quedó clausurada definitivamente el año de 1602. Los pobladores de Cuetzpaltenango, furiosos, se congregaron frente a la iglesia y la apedrearon. La crónica cuenta que, debido a las pedradas, la campana de Cuetzpaltenango llegó a escucharse a varias leguas de distancia. El padre logró sobrevivir gracias a que enfrentó valientemente a la turba linchadora, que estaba por prender fuego a la puerta principal del templo. El sermón íntegro puede leerse en el *Mandato*; en él se condena toda acción fanática y cualquier comparación de la Virgen del Sol con las antiguas divinidades solares y de la guerra. La grave profanación que había sufrido la imagen era razón suficiente para ser aislada durante un período de expiación, y todos habrían de acatar la decisión so pena de ser excomulgados bajo el cargo de idolatría.

Pero sigamos con el contenido del *Mandato*. Hacia finales de 1602, varios meses después de la clausura, un rayo cayó sobre la ermita y causó leves daños en una de las paredes y la techumbre. De inmediato la gente de Cuetzpaltenango se levantó, atribuyendo el hecho a la furia vengativa del sol. Exigieron a Fray Ernesto que la imagen fuera devuelta para ofrendarle y así disminuir el odio que Dios hacía recaer sobre el pueblo. Obligado así, entre antorchas y macanas, el religioso subió al peñasco y quitó los sellos de la puerta de la ermita. Adentro todo parecía intacto: las flores marchitas y resacas, las velas extintas, el crucifijo. Pero la Virgen del Sol se había ido. El griterío y la desaprobación no se hicieron esperar: el fraile había robado o escondido la imagen, y eso resultaba imperdonable. La crónica cuenta que nuevamente Fray Ernesto alzó su voz y recordó a la gente que ellos mismos lo habían visto cerrar la ermita con la Virgen adentro, que ellos eran testigos de que los sellos no habían sido violados hasta ese día, y que no había otro modo de entrar a la capilla. Todos se rindieron ante la vehemencia de su defensa.

Cuetzpaltenango se hundió en la tristeza y la desesperación. Inútilmente se rogó a Dios el retorno de la imagen patrona y protectora. Las grandes peregrinaciones desaparecieron, se culpó a Cuetzpaltenango de negligencia y esterilidad, muchos dejaron su tierra sintiéndose desamparados, y el pueblo se fue apagando. Y Fray Ernesto, cansado y aún sin entender lo sucedido, murió en 1626 tras ver que su misión había fracasado .

Sin embargo, el culto a la Virgen del Sol continuó. En todos los hogares de Cuetzpaltenango había, y hay hasta hoy, una “réplica” de la imagen. Durante siglos se le ha considerado como la *Patrona Perdida* de Cuetzpaltenango. Pero algunos estudios etnográficos e iconográficos han podido demostrar que ninguna de estas representaciones caseras tienen atributos comunes entre sí. Es decir, no se parecen. El por qué de este fenómeno quizás pueda hallarse en el muy breve período de exposición pública que tuvo la imagen en la ermita de Cuetzpaltenango; tan sólo cuatro años, de 1598 a 1602. En consecuencia, ya nadie sabe cómo era la Virgen del Sol, y se le ha idealizado tanto que pareciera ser otra, tan poderosa y rodeada de misterio como se le ha venerado por tanto tiempo.

De verdad se me hizo extraño volver a saber de la Virgen del Sol. Hace unos meses, un compañero volvió de la sierra tras realizar un estudio topográfico que permitirá la apertura de nuevos caminos y la introducción del servicio eléctrico a muchas comunidades (en pocas

palabras, la llegada de la *civilización*). Me dijo haber visto grandes concentraciones de gente y peregrinaciones dirigiéndose a Cuetzpaltanango. Algo extraño, tomando en cuenta que el pueblo nunca volvió a sobresalir y que estuvo al borde del abandono durante mucho tiempo. La razón del desplazamiento de estas masas no pudo ser más enigmática: iban a ver a la Virgen del Sol, que había vuelto para protegerlos. Al preguntarle a mi amigo la fecha de tales peregrinaciones, mi asombro no pudo más. Fueron el día del paso cenital. De modo que la Virgen había vuelto. ¿Pero cómo? ¿Dónde había estado durante los últimos 361 años?

Tuve que esperar en la ciudad de México hasta que pasara el cumpleaños de mi tercera hija. Mi esposa me había hecho prometer que estaría en la fiesta. Confieso que hubiera hecho todo para irme a Cuetzpaltanango de inmediato, y tuve que hacerlo. A cambio de partir prometí regalarle a la niña cualquier cosa que deseara, y tan pronto supe lo que quería —Una novedad que al parecer toda niña digna de aquella década de los sesenta deseaba o debía tener— fui a la juguetería y lo compré. Me salió caro. Nunca creí tener que pagar tanto por un juguete importado de plástico tan pequeño y promotor, además, del estándar femenino de belleza occidental.

Cuetzpaltanango estaba totalmente transformado. Lucía vivo y creciente. Todavía había feria. En nada se parecía al pueblo que yo había conocido quince años atrás, cuando evitaba respirar hongos en el archivo patrimonial. Supe que el *Mandato* estaba ahora expuesto en una vitrina del Palacio Municipal, y sentí un gran orgullo al ver mi nombre en el texto de la cédula. Pero, ¿qué había pasado? Pregunté, como es obvio, por la Virgen, pero nadie quiso decirme su paradero. Quien más datos aportó fue un anciano que dijo que la Luz había vuelto a Cuetzpaltanango, y para evitar que la Luz volviera a dejarlos, la Virgen debía permanecer escondida a los ojos de los extraños. Esto era una clara referencia a Fray Ernesto de Ulloa, a quien el pueblo, parecía, nunca había dejado de culpar por la desaparición de la imagen.

El anciano accedió a contarme sobre la vuelta de la Virgen a Cuetzpaltanango. La verdad es que no difería mucho de la versión original, como suele suceder en estos casos. Un campesino, de nombre Odón, por cierto, había encontrado la imagen perdida. O más bien, parte de ella: la cabeza. Supo de inmediato, movido desde luego por el Espíritu Santo, que era la *Patrona Perdida*. Su cabello era reluciente, lacio, largo y rubio; su piel, tan rosada y real, sólo podía pertenecer a un ser supremo, celestial y benefactor; sus grandes ojos inspiraban confianza, y sus labios rojos, el cariño guardado secularmente a sus hijos indefensos. Lo único discordante con la leyenda asentada en el *Mandato* era el lugar en el que la había encontrado. Odón la había hallado escondida entre unos arbustos, junto a una carretera. Y un detalle interesante: la Virgen había dicho a Odón que su cuerpo sólo sería hallado cuando su ermita fuera reconstruida.

Me costó semanas averiguar más detalles. Supe que a la Virgen del Sol se le veneraba en una cueva, que su preciosa cabeza se posaba sobre el extremo de un palito con base redonda, como la Virgen de Zapopan, en Jalisco, y tantas otras aún, en España; que su ropa era cambiada

con regularidad, que se le había coronado y que sólo era mostrada en público el día de su fiesta. Pero no pude verla. Regresé a la ciudad lleno de incertidumbre y curiosidad.

Fue un largo año hasta el 13 de agosto, día del paso cenital del sol. Sorprendentemente, encontré a Cuetzpaltenango aún más nuevo. Seguía aislado debido a la falta de un buen camino, pero la bonanza había regresado al pueblo y su cielo se veía surcado por cohetones. El comercio florecía bajo el calor de las peregrinaciones, había felicidad, la gente había hecho reverdecir los campos y una multitud enorme bajaba lentamente desde las montañas. La Virgen volvía de su cueva, me informaron, y las campanas de la iglesia, ahora restaurada, se unían a los cantos lejanos. Algunas mujeres aprovechaban el advenimiento de la imagen y solicitaban donativos para la reconstrucción de la ermita. Yo no podía esperar para ver el rostro de la Virgen. Y no era el único. La multitud pronto llegó al atrio, donde el párroco esperaba al cortejo, y la banda del pueblo estalló literalmente en algarabía. Varios hombres traían a la Virgen en un reducido nicho de vidrio que cargaban sobre los hombros. Me acerqué tanto como pude y miré fijamente a la Virgen del Sol. La imagen me causó una impresión grandísima. Y luego, como creo que hubiera hecho cualquier otro ciudadano con hijas en edad de tener muñecas, me aparté cuidándome de reprimir una carcajada. Mi hija también habría estado feliz de ver a su nueva y carísima *Barbie*TM coronada y vestida como la Virgen.

Particularidades del mantenimiento asfáltico.

Todo comenzó el día en que el Delegado llegó con un genio peor del acostumbrado. En pocos segundos y con unas cuantas palabras puso en movimiento a la oficina, repitiendo entre dientes lo cara que le saldría la reparación de su automóvil. Después comentó, ya más en calma, que cuando iba de camino a la Delegación decidió seguir un trayecto diferente al acostumbrado para observar cómo iban las cosas en otros barrios. De pronto, dijo, escuchó un golpe seco y su cabeza golpeó con el techo. Su auto no avanzaba y se sentía literalmente inclinado. Cuando bajó no pudo menos que atribuir la causa del desaguisado a un bache de dimensiones pronunciadas. Anotó los datos de la calle, llamó a una grúa que le costó "una millonada" y tomó un taxi a la oficina. De inmediato, y preso de una indignación poco común, pidió que se hiciera una lista de las personas que se habían comunicado a la oficina para pedir solución a ese problema, con lo cual descubrió que jamás alguien se había quejado de semejante agujero. Fuera de sí llamó por el interfono a su secretaria y le ordenó la expedición y envió urgente de un *memorando* al departamento de Mantenimiento Vial con el objeto de que se actuara con la mayor prontitud posible a la solución del problema; de ninguna manera admitiría una trinchera de esa magnitud en una calle de su Delegación.

Después del almuerzo, la secretaria, rodeada de sus compañeros de oficina (y de café), se dedicó a escribir el *memo*, para lo cual primero tuvo que llamar al almacén para hacer una requisición de hojas membretadas de la Delegación, que se habían terminado unos días antes. A la mañana siguiente, un mensajero entregó el documento en la dependencia que se le indicara. El funcionario en turno lo recibió no sin cierto enfado, pero al notar que el papel estaba firmado por el Señor Delegado, hizo llamar a junta urgente de departamento. Dos horas más tarde se logró quórum en la oficina y comenzó la tarea de delegar responsabilidades. Se descubrió que el chofer del camión de volteo para materiales asfálticos hacía tres días que no se reportaba a trabajar. Una posterior llamada a casa de su comadre dejaría claro que no sólo había faltado a su trabajo, sino también a su casa, y que su esposa había optado por definitivamente no aceptarlo de regreso. El jefe del departamento de Mantenimiento Vial, molesto, giró entonces otro *memo* al Departamento de Personal en el cual pedía dar de baja al irresponsable empleado. Después de un receso para la comida, el equipo designado para la consecución de la compostura quedó delineado: Benítez, a quien más por amistad que por estudios apodaban *el ingeniero*, quedó al mando del grupo. Estaba éste formado por siete peones de nombre irrelevante, un topógrafo de apellido Alfaro, un chofer contratado como eventual y los materiales necesarios a bordo de un camión que portaba el escudo de la Delegación. La partida de la expedición quedó acordada para la mañana del día siguiente, pues para entonces la tarde caía inexorable sobre la ciudad.

A las diez de la mañana, bajo un cielo encapotado debido a un temporal anunciado en el Golfo, el camión arrancó con gran estrépito dejando tras de sí una densa nube de humo negro. Los ocupantes de la caja trasera gritaron improperios al chofer mientras se tapaban la nariz con

la manga de sus camisas sin darse cuenta que este a su vez les contestaba, sacando su brazo por la ventanilla, con una seña por demás elocuente.

Los vecinos recibieron con indiferencia la llegada del camión a la calle afectada. En medio de ella, prácticamente inevitable, estaba el agujero. Se trataba de una falla en el pavimento causada sin duda por la excesiva precipitación pluvial y el tránsito de millares de vehículos diariamente. Cuando al fin pudo estacionarse el camión sobre la calle (para lo cual hubo que pedir a varios vecinos que retiraran sus automóviles) Benítez descendió de él y se dirigió hacia el hoyo; se inclinó y preguntó a la gente que comenzaba a rodearlo cuánto tiempo tenía de existir. Se le respondió que tenía unos dos años. *El ingeniero* les dijo con aire mesiánico que no se preocuparan, pues sería arreglado de inmediato. Mientras tanto Alfaro, el topógrafo, se había ido a la esquina a colocar un teodolito o un nivel y daba órdenes a uno de los peones para que sostuviera el estadal a la altura del bache. Cuando al fin el trabajador —que resultó llamarse Fidencio— comprendió que debía mantener lo más vertical posible aquella "reglota" negra y roja, Alfaro hizo al fin las mediciones de rutina. Mientras lo hacía fue constantemente acosado por un grupo de niños que jaloneaban su camisa y pedían que los cargara y les dijera "qué se veía" a través del objetivo del aparato. Benítez pidió a los padres que mantuvieran alejados a sus niños, gesto que Alfaro agradeció con alivio. Los postreros cálculos, ya con lápiz y en la reglamentaria libreta de tránsito, arrojaron como resultado la existencia de una sinclinal en el área del bache, misma que fue anunciada en voz alta para que los vecinos, que comenzaban a salir de sus casas, estuvieran al tanto del problema. Benítez se dirigió entonces al hombre que parecía tener más autoridad entre aquéllos para hacerle algunas preguntas, pero descubrió que sólo se trataba de un observador fortuito y aparentemente sin nada que hacer. Disgustado y pasando lentamente una mano sobre su cara preguntó por el jefe de manzana o por lo menos por quien tuviera algo que decir en representación de los demás. Al llamado se acercó un hombre pequeño y con voz ridícula que resultó ser el dueño de la casa adjunta al hoyo. Benítez preguntó si eran comunes las inundaciones en ese lugar, a lo que el *hombrecito* respondió que sí, que más de una vez su casa se había anegado en temporada de lluvias. *El ingeniero* le informó que eso haría que los arreglos se llevaran más tiempo y que sería necesario cerrar la calle mientras se terminaba la obra. Para entonces se había formado un círculo de curiosos a su alrededor que pedían se les explicara con claridad qué era una sinclinal y el porqué de su presencia en *su* calle. Benítez, exasperado, les dijo que sólo tapanían el hoyo y que el asunto quedaría finiquitado. En ese momento hizo una seña para que los peones se armaran con zapapicos e hicieran la cavidad de forma más regular a fin de facilitar su compostura. El hoyo fue entonces ampliado, bajo la mirada de todos los vecinos, al doble de su tamaño original.

Mientras se nivelaba el piso del agujero, Fidencio advirtió que por algún motivo éste se llenaba poco a poco de agua, por lo que, después de expectorar ruidosamente, llamó al topógrafo (con quien ya tenía mayor confianza) y le informó del extraño hecho. Alfaro echó un vistazo y llamó discretamente a Benítez, a quien le dijo —no sin ciertas reservas, pues conocía

el humor del *ingeniero*— que un trabajador había roto accidentalmente la tubería del agua potable. Benítez miró al cielo como pidiendo piedad y se dio la vuelta para explicar y pedir disculpas a los vecinos, pero notó que éstos se encontraban ocupados llenando cubetas con la poca agua que aún salía de los grifos, pues, según alcanzó a escuchar, "harían falta después". La anunciada lluvia comenzó entonces a caer en forma de un violento aguacero. Todos, sin decir una palabra, entraron en sus casas y dejaron a los trabajadores solos. Pronto la calle se inundó en ese punto y Benítez decidió con obvio mal humor que nada se podría hacer hasta el día siguiente. Ningún vecino vio partir al camión rumbo a la Delegación.

El reporte de la operación fue mecanografiado en Mantenimiento Vial por Leonor Peña, secretaria, quien por órdenes de Benítez pidió la rápida intervención de una partida de trabajadores del Servicio Hidráulico para el arreglo de cierto desperfecto en las líneas de conducción hallado durante los trabajos de pavimentación. A los pocos días se obtuvo la respuesta de dicha dependencia, la cual se comprometía a reparar el daño cuanto antes. Mientras Benítez y el encargado de Mantenimiento Vial planeaban el desvío de tránsito necesario durante el cierre de la calle menoscabada, hizo su aparición de improviso el ex-chofer de la dependencia. El hombre se mostró indignado; afirmó haberse presentado a trabajar y haber recibido un mal trato. Venía, además, en compañía de uno de los abogados del sindicato, quien explicó al encargado la violación en la que había incurrido al despedir injustificadamente a un empleado. En vano trató el funcionario de defenderse. Le fue extendido un citatorio para presentarse a la Secretaría del Trabajo a responder a los cargos que se le imputaban. Otros miembros del gremio de choferes se solidarizaron con el afectado y emplazaron a huelga hasta no ver resuelto el caso de su compañero. Benítez se vio obligado entonces a subir el sueldo al chofer eventual para evitar que éste también se sumara a la protesta. Cuando el hombre recibió la noticia de su inesperado aumento, aprovechó que el jefe estaba de dadivoso y decidió que era un buen momento para exigir que le fuera pagada la expedición de su licencia de manejo, tan necesaria para su labor.

Al día siguiente la camioneta del Servicio Hidráulico pasó con problemas entre los choferes inconformes que realizaban un plantón en los estacionamientos de la Delegación. Benítez reorganizó a su grupo de trabajo e instó al conductor a ir a la zona de obras. Cuando salía, el camión fue lapidado por los quejosos, acción que tuvo como consecuencia el descalabro de un peón y el estrellamiento afortunadamente leve del parabrisas. Tras un corto trayecto, el convoy llegó a su destino. La calle dañada mostró un aspecto completamente diferente a los trabajadores: se encontraba cerrada por los mismos vecinos quienes, con pantalones y faldas arremangadas, cargaban poniendo a salvo del agua muebles y aparatos domésticos. Los niños miraban las maniobras sentados en los toldos de los autos. Junto a ellos, recargado en un poste, se encontraba también el *hombrecito* con el agua cenagosa hasta la cintura. Benítez no pudo reprimir un gesto de lástima y vergüenza. Sintiendo algo culpable de lo sucedido, bajó del camión y comenzó a coordinar las actividades. Primeramente se puso en marcha el bombeo del

agua acumulada. En poco más de una hora el nivel de ésta era apto para iniciar los trabajos de reparación y se obstruyó la fuga provisionalmente. Entonces el jefe de la cuadrilla de Servicios Hidráulicos advirtió al *ingeniero* que era indispensable levantar otra parte del pavimento, pues el daño a la red hacía necesario el cambio de un tramo de tubería para poder garantizar que la fuga no continuara o se hiciera reincidente. Benítez lo escuchó como si ya supiera lo que le iban a decir y contestó con un afirmativo (no conforme) movimiento de cabeza. Cuando lo dejaron solo llamó a Alfaro, a quien le dijo que aprovechara para nivelar la sinclinal de una buena vez. La maquinaria de Servicios Hidráulicos arribó al cruce minutos más tarde y se advirtió entonces a los vecinos que debían retirar sus autos del arroyo para evitar que fueran dañados durante la reparación. Como algunos de ellos decidieran estacionarlos en sus propias cocheras, Benítez, rojo de pena, se apresuró a decirles que si lo hacían no podrían sacarlos sino hasta terminadas las obras, pues éstas ocuparían la calle para almacenamiento de materiales, desperdicios y el campamento de los obreros. Los autos fueron guardados, previa firma de un contrato, en una pensión a seis cuadras de distancia.

Los hombres comenzaron de inmediato su trabajo. Levantaron la cinta asfáltica de un área que sobrepasaba por lo menos doce veces el área del bache original. Para permitir el acceso de la maquinaria hasta la obra, fue necesario utilizar las cocheras y jardines anteriores de las casas para el almacenamiento temporal de materiales de desecho. Se instalaron reflectores alrededor de la incipiente zanja para facilitar el trabajo del turno nocturno, mismo que había sido contratado para apresurar la operación. Benítez observó incrédulamente el proceso sentado en la banqueta del lado opuesto de la calle; encendió un cigarrillo y vio a los impasibles vecinos contemplando los trabajos con los codos recargados en los marcos de sus ventanas, hasta que la noche cayó y no pudo ver ya nada.

La zona acordonada mostraba intenso movimiento día y noche. Por una parte, los camiones materialistas entraban y salían de la calle cargados de cascajo olvidando siempre, por una razón desconocida, los materiales confinados en las cocheras. El ruido ensordecedor de las máquinas y el humo del diesel hacían insoportable la estancia en el lugar. La profundidad del agujero se incrementó por entonces considerablemente. Los vecinos se movían de sus casas lo menos posible y, cuando lo hacían, regresaban llenos de polvo y lodo. Sus casas vibraban al paso de las motoconformadoras e incluso la del *hombrecito* mostraba dos ventanas cubiertas por sendas bolsas de plástico, ocupando el lugar de los vidrios rotos por alguna partícula de asfalto o el excesivo cimbreo.

Benítez visitaba la obra periódicamente aunque su trabajo ahí ya había terminado. Se preocupaba por el bienestar de los vecinos, a los que preguntaba por su salud y la de sus familias. Algunos niños, quienes ya veían en él a un miembro más de la familia (incluso una niña lo llamaba "abuelo"), lo rodeaban e invitaban a hacer *patitos* con piedrecillas en los charcos. Él trataba de ocultar su lástima por ellos y sus ropas chamagosas, pero no pudo evitar que más de una vez se le salieran las lágrimas. Entonces se acercaba al capataz de la obra y preguntaba por el término de ésta, a lo que repetidas veces el hombre le respondió con un lacónico "la semana

que entra". La junta de vecinos decidió no mandar más a sus hijos a la escuela y pagar maestros particulares para así garantizar la seguridad de los hogares durante el día, pues en más de una ocasión se habían echado de menos bienes de algunos de ellos. Para reforzar la vigilancia se contrataron además los servicios de tres policías y la patrulla de una compañía de seguridad privada para que realizaran rondas continuas.

Las noches pasaban lentamente para *el ingeniero*, quien se revolcaba en la cama sin poder conciliar el sueño. Presa de sudores, no podía quitarse de la mente la imagen de aquella calle derruida y sus habitantes. En su desesperación encendía un cigarro tras otro y miraba televisión aunque en la pantalla sólo hubiera barras de colores. Su esposa, Matilde, lo reprendió varias veces sin éxito. Terminó por exiliarlo a un sillón de la sala pues el aire en el cuarto se había tornado irrespirable y la inquietud de Benítez impedía su sueño.

Un día, cuando la excavación tuvo una profundidad de tres metros, las máquinas pararon de improviso. Se hizo una reunión de emergencia. Trascendió que un obrero, con su zapapico, había dado con algo más que la parte inferior de la tubería por reemplazar. Benítez escuchó de boca del capataz la descripción del objeto, que al parecer se trataba de una roca con relieves. Aquí se abría entonces una disyuntiva: cambiar el tubo y cerrar la obra o enterar al Consejo Nacional de Antropología e Historia (CNAH) acerca del hallazgo. Un consenso entre los encargados se decidió por la primera opción para evitar mayores demoras en la obra; la zanja sería cerrada por la tarde del día siguiente. Sin embargo, no obstante todo el secreto que rodeó a la operación, a las 6:35 A.M. arribó al lugar una camioneta del CNAH. Los individuos que la abordaban mostraron credenciales que los acreditaron como arqueólogos adscritos a la Subdirección de Salvamento Arqueológico y dijeron haber sido advertidos de la aparición de vestigios prehispánicos durante la obra y venir a hacer un reconocimiento. El capataz trató de convencerlos de que se trataba de un error, pidiendo saber quién y cómo había hecho la denuncia. La lectura del oficio que ordenaba detener los trabajos indicaba que un tal Lic. Lledó había llamado la atención al CNAH acerca de los posibles descubrimientos. Benítez, quien llegó más tarde, corroboró (sin poder dar crédito a lo que sucedía) que tal persona no era otro que *el hombrecito*, al cual, dijo, conocía por su exacerbado celo patriótico, nacionalista e histórico.

Al hacer la evaluación estratigráfica del terreno, revisar el monumento hallado, cavar nuevos fosos exploratorios y hacer un croquis de la zona, los arqueólogos llegaron a la conclusión de que estaban sobre un nuevo e insospechado centro ceremonial. Los primeros estudios hicieron patente la existencia de basamentos piramidales y tumbas troncocónicas asociadas a sus diversas etapas constructivas. La noticia corrió como reguero de pólvora y muy pronto la zona se vio invadida por reporteros y curiosos. Algunos obreros dijeron que unos saqueadores les habían hecho jugosas ofertas para lograr la obtención de alguna pieza, por pequeña que ésta fuera, y esta fue precisamente la causa de que el CNAH se hiciera cargo de las obras y relegara las de mantenimiento por tiempo indefinido. Se bardeó la zanja, que seguía

creciendo, para evitar las muchedumbres. Benítez miraba el proceso desconsolado. Las familias tuvieron entonces un acceso restringido a sus viviendas, regla que cumplieron a la letra, y los maestros, hartos del polvo y las condiciones ínfimas de aprendizaje a causa del ruido, no volvieron a aparecer por la calle. El comercio ambulante y los puestos de fritangas comenzaron a establecerse en los alrededores para satisfacer las demandas de un público creciente. Algunos niños de la cuadra, con los mocos escurriendo, invitaban a los transeúntes a mirar a través de los pequeños agujeros que habían logrado hacer en la barda protectora. Sus ganancias no eran tan pingües como las de los supuestos guías que explicaban el origen de las ruinas, pero les alcanzaban para comer algo en alguno de los puestos. En el puente peatonal contiguo a la excavación, personas de origen desconocido rentaban lugares "con vista exclusiva" que habían apartado desde horas tempranas. La venta de binoculares desechables se hizo común en las escaleras del puente y el total mutismo de las autoridades desencadenó la intranquilidad e imaginería del pueblo. Un rumor, nunca corroborado, indicaba que había aparecido el tesoro de Moctezuma; otro aseguraba la presencia de mantos petrolíferos encubiertos por el CNAH.

La desinformación reinó hasta que días más tarde, en el Diario Oficial de la Federación, apareció un decreto presidencial de expropiación de tierras como medida de protección del Patrimonio Nacional, que incluía la zona del bache y seis hectáreas a la redonda. Los propietarios de los predios afectados, después de la revisión catastral estipulada en las leyes, recibirían una justa indemnización en un plazo no mayor a veinte años.

Inútilmente trató *el ingeniero* Benítez de encabezar una marcha de protesta y la anteposición de un amparo que hiciera frente a la decisión presidencial; sentado en la banqueta y mordiéndose las uñas con ojos abiertos como platos, observó a los vecinos y a sus hijos desalojar lentamente sus casas mientras el Licenciado Lledó se despedía de mano de los funcionarios encargados del desahucio.

El Ambiente Secretarial

Pues mire usted. Tengo dos cosas que confesar. La primera es que no tenía la menor intención de hacer etnografía cuando entré a ese bar de música en vivo y la segunda es que soy beatlemaniático. Al parecer no les va nada mal a los dueños de ese lugar, porque estaba muy cambiado respecto a la última vez que estuve allí. Debo decir que también fue una experiencia nueva para mí, ya que nunca había asistido en la compañía de alguien. Llegamos hacia las diez de la noche de aquel día de octubre. Contábamos, gracias a la afortunada previsión de uno de nuestros acompañantes, con una reservación previa que hizo que la *hostess*, edecán joven y enfundada en unos mallones bastante ajustados, nos llevara de inmediato hasta las mesas que habían dispuesto para nosotros. Una vez sentados, observé que nuestros lugares eran de primera. Estaban situados frente al remodelado escenario, que en consecuencia me pareció más grande. Como fondo para los músicos, alguien había pintado en la pared una muy mala copia de ese famoso cuadro de *Art Op* compuesto de varios polígonos y líneas de colores rojo, amarillo y negro. Además, sobre estos colores estaban los logotipos de algunos grupos musicales de los años sesenta pintarrajeados con pincel, a manera de graffiti. He de decir que también había fotografías de los Beatles colgadas por todas partes.

Hasta allí, todo iba perfectamente bien. La gente apenas comenzaba a llegar al local, y aparte de una mesa llena de estrepitosos jóvenes oficinistas que festejaban el cumpleaños de una tal Ednita, nosotros éramos los únicos en el lugar. No, me equivoco. Lejos, en una esquina poco iluminada, yo había visto al entrar dos mujeres solas en una mesa. Eran jóvenes y vestían muy llamativamente, pero ni siquiera voltearon cuando llegamos. Debo confesar, aquí entre nosotros, que una de ellas se me antojó bastante. Sin embargo, tuve que pasar de largo como si no las hubiera visto, porque iba de la mano de mi novia y hacer notorio mi hallazgo hubiera equivalido a un buen pellizco. De todos modos me lo dio más tarde, cuando me sorprendió mirando furtivamente a la diva mientras pasaba ondulando su trasero frente a nosotros para ir al tocador. Ni hablar.

Fue hacia las diez y media de la noche, creo recordarlo bien, cuando algo hizo que yo echara a andar la mirada etnográfica. El lugar de pronto se había llenado y el primer grupo estaba por tocar. Las luces decayeron lentamente, y sin presentación alguna, de pronto todo comenzó: "*Who loves you pretty baby, who's gonna take you through the night...*" ¿Sí la conoce, no? ¿no? Bueno... ya para entonces, aunque en nuestras mesas aún faltaba gente por llegar, yo brindaba a diestra y siniestra con un brandy campechano. De vez en cuando, a escondidas, echaba yo alguna mirada a la morena ondulante, pero no, ella nunca me miró, y después se cambió de mesa con su amiga a la parte trasera del bar, donde departieron toda la noche, al parecer, con los dueños del establecimiento. Por su parte, el grupo no lograba convencer. Los músicos estaban tiesos y se les notaba inexpertos. Se especializaban en canciones de los setenta y ochenta y se esforzaron por emular *Beginnings* de Chicago y a Brian Adams con su execrable tema para la última película de Robin Hood.

Frente a nuestra mesa había una singular pareja que mi novia y yo bautizamos como “el Lic y su Secre”. Formaba parte de un grupo de oficinistas de mayor edad que la de los que seguían escandalizando en la mesa del fondo. El Lic estaba muy nervioso y su secre hacía hasta lo imposible por relajarlo. Ella estaba bastante querendona, pero el Lic no daba su brazo a torcer. En la mesa de atrás, sentados frente a una botella semi vacía de Terry, con su redcita y todo, había dos jóvenes en un estado deplorable. Uno era muy delgado, y de aquí en adelante lo llamaré “el flaco” debido a que su intervención sería de gran importancia para algunos de los acontecimientos que luego relataré. Su amigo era un tipo bastante rechoncho y ostentaba una mirada que tenía algo de extravío y seguridad al mismo tiempo, pose de la que todo buen briago debe hacer gala alguna vez en la vida para evitar el ridículo, aunque resulte peor.

La secre se acercaba peligrosamente al Lic. Ya le abrazaba periódicamente, y justo al terminar *I love you just the way you are* de Billy Joel, decidió plantarle un bonito beso en la mejilla. El Lic, quien ya no sabía cómo ocultar su anillo de matrimonio, sólo se mesaba el bigotazo como uno de esos generales de la revolución y sonreía debatiéndose entre la lujuria y el respeto a la carne y la dignidad ajena. Nosotros, por nuestra cuenta, seguíamos sus movimientos con el más puro interés. Casi por entonces, a nuestro lado, se sentó una pareja de lo más extraña. Venían ataviados como si acabaran de correr en los Viveros de Coyoacán, con unos *pants* y zapatos deportivos. Lo único que querían era divertirse, como quedó claro cuando se pusieron a bailar entre las mesas a falta de una pista. Peco de bondad cuando digo “bailar”, porque en realidad lo que hacían era dar de brincos mientras coreaban, en conjunto con el émulo de Jim Morrison del grupo, ese conocido himno de los Doors que reza “*Well, I woke up this morning and got myself a beer...*” Durante los minutos que duró esa pieza, que el grupo apenas tuvo que tocar debido a que su tecladista la traía apropiadamente “sampleada”, este par de alegres gorditos deportistas fueron el verdadero espectáculo. Al otro lado del bar, en la única mesa que quedaba vacía junto a las bocinas y a un lado del escenario, se sentaron unas personas que parecían estar llegando de una boda, porque su ropa y peinados no eran los que usualmente se ven en un bar como el que nos ocupa. Una de las jóvenes portaba un vestido largo de una sola pieza y su cabello le colgaba, lacio, hasta los hombros. Estaba un poco pasada de peso, no traía sostén y usaba pestañas postizas. La otra, con una blusa negra de gasa transparente y una falda más corta, portaba orgullosa un *brassiere* blanco que por notorio era imposible no voltear a ver. La verdad es que se estuvo muy quietecita toda la velada, mayormente porque no traía pareja ni hizo el más mínimo intento para obtenerla entre la concurrencia.

Poco a poco el ambiente se fue enrareciendo, como suele suceder en lugares cerrados donde se reúne la gente a beber. Los escasos *spots* que iluminaban el escenario dejaban ver bajo sus estelas cómo el humo de cigarro, denso, apenas se agitaba y cambiaba de forma. Y entonces, en medio de las carcajadas y el choque de vasos, todo comenzó a suceder. El Lic, como quien no quiere la cosa, se relajó (y con él, seguramente sus escrúpulos) porque comenzó a abrazar a su secre haciéndole sentir que no, que aunque pareciera lo contrario, no le era indiferente. Los gorditos seguían brincando, ahora con las notas de otra conocida canción que

ahora no puedo recordar. En los pocos minutos en que no les pusimos atención estos enamorados personajes habían dado cuenta de la mitad de su botella y por lo tanto estaban realmente contentos. Como era de esperarse, pidieron también su botana, consistente en un buen plato de carnes frías y quesos de dudosa extranjería. Pero igual los devoraron. Más allá, la gordita del pelo lacio hacía de las suyas con su orgulloso acompañante. Sentados uno frente al otro, e ignorando a la usuaria del sostén blanco, se besaban larga y apasionadamente. El galán portaba también su bigote negro, y sin mucho esfuerzo uno era capaz de observar cómo entrelazaba su lengua con la de la gorda, a quien sostenía y aproximaba a sí por los cabellos de la nuca, como intentando que no se le fuera a ir nunca, o al menos esa noche. Sin embargo, de todas maneras se le escapaba, porque periódicamente ella se levantaba y paseaba su humanidad entre las mesas con cualquier pretexto. Y lo hacía, además, lanzando miradas provocativas a su alrededor. Cuando él se levantó tras ella, pudimos observar que el hombre, además de unos lentes cuyo armazón quizás alguna vez estuvo muy de moda en décadas pasadas, traía al cinto un teléfono celular y un *bíper*. Milagrosamente no le vimos utilizarlos en toda la noche.

Nosotros tratábamos de entender al nuevo grupo que ahora ocupaba el escenario. Esta vez eran unos músicos no tan jóvenes que intentaban prender a la multitud con canciones de Mayté Gaos, los Rockin' Devils, creo, y Johnny Laboriel. No tocaban mal, porque de pronto todos aquellos en la concurrencia con más de cuarenta años coreaban y se movían en sus asientos, mientras nosotros volteábamos a vernos preguntándonos, en serio, cómo era posible que a alguien de su edad pudiera disfrutar una canción cuya letra narra la historia de un pobre indio llamado "Oso Corredor" y su querida "Palomita", un amor predeciblemente frustrado al más puro estilo de Romeo y Julieta. Al oír estas canciones, me es difícil dejar de conjeturar que la gente de esa época debió ser idiota o algo así por traducirlas tan infantilmente, pues ¿Cómo es posible que un adulto, un pretendido "rebelde sin causa" que luchó contra los prejuicios de sus padres, que se rebeló contra una sociedad que lo reprimía sexual y familiarmente, aquél que decidió una vez comprar una guitarra, seguir su propio camino y enarbolar la bandera de miles de semejantes, escribiera letras tan profundas como "Agujetas de color de rosa, y un sombrero grande y feo..."? ¿Y la del "perro lanudo"? y por otro lado, saliéndome del tema ¿eran reales los cafés existencialistas en los que Leonorilda Ochoa y Tere Velázquez bailaban enjauladas bajo los influjos a go-gó de un grupo de hippies primigenios? Misterios para mí tan ancestrales como indescifrables.

Pero no debo salirme del tema. Decíamos que el ambiente comenzaba a caldearse, y lo digo en toda la extensión de la palabra, porque a la par de que la gente comenzaba a externar su entusiasmo, el Lic y su secre se echaban ya sin miramientos un buen caldito. Sin inhibiciones, la mano tesa del Lic se había transformado de pronto en un agente activo que reconocía el terreno carnoso que ofrecía a su tacto el torso de la guapa —y de paso, entrada en años— secretaria. Ajenos por completo al peligro que se cernía sobre ellos, encarnado en "el flaco" de quien hablé antes, se abandonaban al arrumaco y al quico de trompita parada. El flaco, por su lado, se había levantado de su lugar después de hablar con el rechoncho, chocarle la mano en

actitud desafiante y beber un largo trago de su Terry con coca. Tambaleante y dancístico, con las manos en los bolsillos, casi chiflando como en las caricaturas y mirando hacia arriba para no ser tan notorio, se fue acercando a la mesa del Lic y la secre. Tenía la mirada puesta en ella, aunque ellos ni notaron su presencia. Al llegar junto a la mesa, el flaco se agachó, y estirando la mano a modo de invitación, le pidió a la secre que le concediera bailar esa pieza con él. No se me va a olvidar, era “Afuera” de los Caifanes, una canción pocoailable que el flaco había pedido ex-profeso a la banda mediante el mesero y una servilleta. Ella volteó sorprendida y dijo amablemente que no. El flaco, insistente, le dijo que nada más sería esa canción, que por qué no, que ándele, nomás tantito, está usted muy guapa; Es que vengo acompañada —y al decir esto la secre se aferró del brazo del Lic— No, gracias; Sólo ésta, cómo es, mire, ya va como a la mitad, nomás ésta y ya. La Secre echó una mirada anhelante al Lic, quien no acertaba a reaccionar. “Se va a armar”, le dije a mi novia mientras, ante mi sorpresa, la gorda me dedicaba una cálida mirada. El Lic, todo decencia, le dijo al flaco que respetara la decisión de la señorita, que no era a fuerza. Hombre, si nada más es una —decía el flaco— Qué caray, además usted no se meta. “Mira mano” dijo el Lic, endurecido y tomando al flaco por el brazo con el que se apoyaba en la mesa “La señorita viene conmigo, búscate a otra chava”. El flaco desistió a regañadientes, pero su gesto careció de importancia para nosotros, los espectadores de aquel drama, ante la cara de felicidad que puso la Secre al saberse respaldada por *su* hombre. Creo que ahí, con toda su caballerosidad, fue donde perdió el Lic. Estoy seguro que a partir de aquel momento, después de su actitud protectora, nada volvería a ser igual en la oficina que ambos ocupaban todos los días.

Pocos minutos antes de este primer desengaño del flaco, había llegado un nuevo grupo al bar. Era una familia en busca de sana diversión que ocupó una mesa situada justo a los pies del escenario. El papá —un tipo inmenso en todas direcciones— llevó a su esposa, cuñado e hija hasta el “excepcional” lugar que había conseguido para ellos la *hostess*. La niña no debía tener más de dieciséis años, algo que fue notorio cuando el gerente se les acercó para indicarles que por ley a ella sólo le podrían servir refrescos esa noche. Aunque casi nadie los vio llegar por estar cantando y bebiendo, yo sí me di cuenta de la cara que puso el flaco al ver a la niña. Le brillaron los ojitos. Poco después ya rondaba subrepticamente la mesa familiar. Para entonces yo ya había desistido de seguir apuntando en la libreta de campo que minutos antes sacara de la bolsa de la chamarra en un gesto automático. Me estaba perdiendo la noche, estaba juzgando los hechos subjetivamente y además descubrí que la gente alrededor —los gorditos bailarines estaban ya acodados y cabeceando sobre su mesa— no eran los únicos raros. ¿Qué pensarían los demás de nosotros? esa fue una idea que de pronto me vino a la mente. Porque nosotros estábamos cantando y gritando también. Yo creo que a la gorda se le hizo algo así como un buen desafío ligar conmigo, que iba claramente acompañado por mi novia. Yo, que lo he hecho alguna vez, creo que no hay mejor sensación que coquetear con alguien que sabemos “pertenece” a alguien más. De igual modo debía pensar la otra mujer entrada en carnes y gran escote que le hacía ojitos y mandaba besos a uno de mis tíos. La pobre señora estaba maquillada

en exceso, usaba una microfalda con mallas y había peinado su cabello rojirubio en un estilo aleonado que denotaba su oficio. El jovencito que la acompañaba, y que de seguro había contratado sus servicios unas calles antes, se veía desorientado y frustrado por no captar su atención. Justo a nuestro lado, en nuestra propia mesa, estaba el pretendiente de una tía mía divorciada. Él era mucho mayor que ella, pero era un tipo con muy buen humor. Notamos que estaba algo inquieto y que escudriñaba el lugar con atención mientras escuchaba la música. Después supimos que el señor era el Director de Seguridad Social del Distrito Federal en persona, y que su interés (estuvo a punto de clausurar el antro) era saber dónde diablos estaban las salidas de emergencia, las señales de ruta de evacuación y los extintores que estipula el reglamento para ese tipo de local. Cuando el funcionario estaba a punto de llamar al gerente para inquirirle por estas minucias, mi madre —cuyo acompañante jamás llegó— le dijo que se olvidara del trabajo por una noche, que no fuera necio y disfrutara el reventón.

Reventón, sí, pero de hocico, fue lo que disfrutamos inmediatamente después. El hombrón jefe de familia se cansó de las pretensiones amorosas que el flaco tenía con su núbil hija y lo encaró para solicitarle que la dejara en paz. El flaco, envalentonado, huyó a su mesa para buscar el apoyo de su para entonces briaguísimo amigo, el gordinflón. Hasta allá fue a perseguirlo el gigante, todavía reclamándole. El flaco tiró entonces el primer golpe, pero no dio en el blanco. A cambio, el puñetazo que recibió lo envió al suelo como si se tratara de un guñapo (en realidad, a esas alturas, lo era) pero al parecer no fue suficiente para hacerlo entender, ya que se levantó rápidamente, burlándose de su contrincante, sólo para que otro golpe lo hiciera volar. La gente había abandonado sus lugares, algunos huían y se refugiaban en los baños. Creímos que la batahola se generalizaría como en esos antiguos *westerns* en donde todos pelean sin deberla ni temerla y las botellas y las sillas vuelan, pero no fue así, tristemente, ya que los sacaborrachos del lugar actuaron con eficacia. Estos hombres, con facha de judiciales conversos, tomaron al flaco como a un niño y lo echaron del establecimiento. Lo mismo le pasó al gordinflón, a quien no le dejaron llevarse lo que quedaba del Terry, ya sin redécita, y que además olvidó su chamarra colgada en el respaldo de la silla. El que sí se les puso al brinco fue el jefe de familia ofendido. Por más que le quisieron sacar, éste se resistió arguyendo su propia defensa y la de su reputación. Ante la insistencia de los empleados para que saliera por su propia voluntad, le vimos marcar un número en su celular y manotear vivamente frente al apenado gerente antes de desaparecer por las escaleras bajo la mirada atónita de su familia. Del flaco no volvimos a saber nada; imagino que no tuvo tanta suerte como el padre de familia ofendido (quien regresó a los pocos minutos) y terminó la noche siendo extorsionado por algún servidor público, usted perdone.

Veo con tristeza que todo esto me ha hecho olvidar el decir qué hacíamos mi familia y yo en tan singular establecimiento. Sólo lo he dicho someramente, pero la razón por la que decidimos ir a beber a ese antro fue la beatlemania, enfermedad mental de la que al parecer no soy el único afectado y que en el transcurso de los años he contagiado levemente a algunos seres cercanos. El bar al que me refiero tiene una especialización en la música del *Fab Four*; el

grupo encargado de copiar en todo al cuarteto de Liverpool es la parte principal de la variedad, y es con ellos con quienes cierra el espectáculo nocturno. Justo es decir que a esta banda es a la que más espera la multitud, constituida en su mayoría por nostálgicos irredentos que anhelan corear canciones que en verdad creen conocer. Más allá de la media noche, los asistentes a tan accidentada convivencia lucíamos ya desesperados por el retraso de los músicos melenudos. Seguíamos soportando al grupo en español, ahora esforzándose por deleitarnos con “Juanita Banana” y “Speedy González”, dos baluartes de la imbecilidad que no podían faltar en su catálogo. Cabe decir que para entonces habíamos escuchado canciones de César Costa, Enrique Guzmán y los Hermanos Carreón, y salvo algunos pocos que efectivamente parecían disfrutarlas, todos estábamos realmente hartos. Fue entonces cuando mi madre llamó al gerente para reclamarle la presencia de los *pseudobitles*, y con él nos enteramos que el grupo había tenido un problema y que venían retrasados, pero que tan pronto llegaran cantarían todo lo que pidiéramos y permanecerían arriba del escenario media hora más de lo acostumbrado. Ante la satisfactoria perspectiva ofrecida por el empresario, mi madre se tranquilizó y siguió el festejo; ya entrada en confianza con el mesero de origen francés que nos había servido toda la noche, le pidió otra ronda de botanas.

Esta vez, la gorda me miró descaradamente. Yo ya se lo había hecho notar a mi novia, quien no le quitaba el ojo de encima y gritaba “¡Méndiga!”, medio muerta de la risa. Sentado frente a esta mujer, su acompañante estaba dando, minutos más tarde, un espectáculo que no supimos calificar. Tratando probablemente de darle a entender cuánto deseaba llevarla a un mejor lugar y hacerla suya, el hombre del *bíper* seguía besando aquellos carnosos labios y, en una actitud por demás sexy y provocativa, metió un dedo en su boca, lo ensalivó y lo introdujo en la de ella. Fue su íntima invitación al éxtasis. Queríamos vomitar.

Para no ver estos detalles que quizás ni nos incumbían, mejor nos pusimos a escuchar la música y a robar las papas fritas en salsa de queso que había pedido el pretendiente de mi tía. El dinero se me agotaba y los músicos que íbamos a ver no aparecían. Y como si alguien en el cielo hubiera oído mi reclamo, de pronto los vimos subir por las escaleras cargando sus instrumentos. “¡Ya llegaron!” dijo mi madre al reconocerlos. Inmediatamente dejó de tocar el grupo en español para dar paso a la verdadera atracción. Ahí estaba, finalmente, aquel cuarteto de cinco integrantes por el que sufríamos todos. Como es bien sabido, incluso los Beatles dejaron de presentarse en público debido a que no podían reproducir su compleja música en el escenario (además de estar hartos de tanto escándalo, desmayos y faramalla). Eso explicaba la presencia de un “quinto Beatle” —a cargo de los teclados y sin el estereotípico trajecito carente de solapas que llevaban los demás— en el escenario del bar. Funcía como un Billy Preston blanco o un Andy White sin batería. Una vez aclarada esta situación tan importante, diré que comenzaron a tocar. Miento otra vez. Justo antes de que empezaran a tocar, un individuo sentado a nuestras espaldas comenzó a vociferar “¡Debía conocerla mejor! ¡Debía conocerla mejor!”, a manera de petición de la que, según él, era su canción preferida de los Beatles. No quisiera entrar aquí en una disertación interpretativa, pero esa canción ni siquiera se llama así.

Aunque a muy pocos les importe, en realidad *I should have known better* debió ser traducida como “Debí saberlo mejor”; pero no fue así. A alguien de EMI Capitol de México se le ocurrió que “Debía conocerla mejor” era lo que decía la letra y, gracias a él y a otros más en el curso de los años sesenta, hoy seguimos diciendo “La coqueta” por *Day tripper*, “Bosque Noruego” por *Norwegian wood* y “Todos tienen algo que esconder excepto yo y mi chango” por su homónima en inglés. Una verdadera lástima.

Sin embargo, empezaron con *Love me do*. Estábamos cansados pero emocionados y reinaba la calma. Y al final de cada canción, incluso después de *I should have known better*, el individuo impertinente de atrás siguió gritando “¡Debía conocerla mejor!” “Acabamos de tocarla, amigo” —dijo amablemente John Pérez Lennon por el micrófono— pero “¡Debía conocerla mejor, vale madres!” fue lo más cercano a “gracias” que escuchó como respuesta. Yo hubiera querido callar a ese pobre diablo para siempre.

Se hacía tarde y no me sentía muy bien. Miré la cara de mi novia e intuí que quería salir de ese ambiente secretarial lleno de gente irresponsable que había perdido toda su educación y prestancia. Indignados por el hecho de no haber podido escuchar todo el repertorio Beatle gracias al arribo tardío del grupo, nos despedimos de todos dando traspies, no causados por las copas, desde luego, sino por lo apretujado de los bancos y las microscópicas mesas de bar, y salimos a la calle.

De ahí en adelante qué más puedo contarle que usted no sepa. Ah, sí. Que olvidé la libreta de campo con todos mis apuntes debajo de la mesa, y nada más. Ahora se me va a olvidar todo, después del choque y con los daños que le causé a su patrulla, señor oficial. Le juro que pasé la luz roja con precaución. Usted tuvo la culpa por traer la torreta apagada. Lo voy a demandar ante Derechos Humanos por irresponsabilidad y por poner en peligro la vida de la gente decente.

Eres libre de:

copiar, distribuir y comunicar públicamente la obra

Bajo las condiciones siguientes:

Atribución. Debes reconocer la autoría de la obra en los términos especificados por el propio autor o licenciante.



No comercial. No puedes utilizar esta obra para fines comerciales.



No Derivadas. No está permitido que alteres, transformes o generes una obra derivada a partir de esta obra.

- Al reutilizar o distribuir la obra, tiene que dejar bien claro los términos de la licencia de esta obra.
- alguna de estas condiciones puede no aplicarse si se obtiene el permiso del titular de los derechos de autor
- Nada en esta licencia menoscaba o restringe los derechos morales del autor,